



JESUS

EL ÚLTIMO GRAN INICIADO

Édouard Schuré



DELFOΣ

JESÚS
EL ÚLTIMO GRAN INICIADO

Édouard Schuré

JESÚS

EL ÚLTIMO GRAN INICIADO





Édouard Schuré

JESÚS
EL ÚLTIMO GRAN
INICIADO

BIBLIOTECA DE LA
TRADICIÓN HERMÉTICA



DELPHOS

Ediciones de Sabiduría Ancestral

Jesús. El último gran Iniciado

ÉDOUARD SCHURÉ

Traducción:

Óscar Menéndez Toledo

DELLOS

© 2020 ENTREACACIAS, S.L.

[Sociedad editora]

c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C

33002 Oviedo - Asturias (España)

Tel. (centralita): (34) 984 300 233

info@editorialdelfos.com | pedidos@editorialdelfos.com

www.editorialdelfos.com

Primera edición: mayo, 2020

ISBN: 978-84-18373-03-9

Depósito Legal: AS 00136-2020

Impreso por Podiprint

Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA MISIÓN DE CRISTO

«No he venido a destruir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos».

Mateo 5,
17.

«La Luz estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conocía».

Juan 1, 10.

«Como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre».

Mateo 24,
27.

PREFACIO

Múltiples han sido las críticas sobre la vida de Jesús durante el siglo pasado. Un relato completo de esta crítica se encuentra en el esbozo luminoso hecho por M. Sabatier,¹ en el que se da toda la historia y el estado actual de esta investigación. Basta por el momento con referirse a las dos fases principales proporcionadas por Strauss y Renan, con el objeto de determinar el nuevo punto de vista que ahora deseo ofrecer.

Partiendo de la escuela filosófica de Hegel para aliarse con la crítica histórica de Bauer, Strauss, sin negar la existencia de Jesús, se esforzó por demostrar que su vida, tal como se relata en los Evangelios, es un mito, una leyenda creada por la imaginación popular, para satisfacer las necesidades de un cristianismo en auge, y de acuerdo con la profecía del Antiguo Testamento. Su posición, puramente negativa, pero que defendió con gran habilidad y erudición, ha sido

encontrada verdadera en ciertos detalles, pero insostenible en su conjunto. Tiene, además, el grave defecto de no explicar ni el personaje histórico de Jesús ni el origen del cristianismo. La vida de Jesús, según Strauss, es un sistema planetario sin sol. Sin embargo, hay que reconocer un mérito a esta obra, el de haber trasladado el problema de la base de la teología dogmática a la de la crítica textual e histórica.

La *Vie de Jesus* de M. Renan debe su éxito a sus aspectos estéticos y literarios, así como a la audacia del propio escritor, el primero que se atrevió a hacer de la vida de Cristo un problema de la psicología humana. ¿Ha resuelto el problema? Después del deslumbrante éxito del libro, la opinión general de todos los críticos serios ha sido negativa. El Jesús de M. Renan comienza su carrera como un gentil soñador, un entusiasta pero simple moralista; la termina como un taumaturgo violento, desprovisto de toda idea de realidad. «A pesar de todas las precauciones del historiador», dice M. Sabatier, «es la marcha de una mente sana en dirección a la locura». El Cristo de M. Renan se mueve entre los cálculos de la ambición y los sueños de un vidente». El hecho es que se convierte en el Mesías sin desearlo, casi sin saberlo. Se deja llamar así solo para complacer a los apóstoles y satisfacer el clamor popular. No es posible con una fe tan débil que un profeta esa capaz de crear una nueva religión y cambiar la historia de la tierra. La vida de Jesús, según M.

Renan, es un sistema planetario iluminado por un sol pálido desprovisto de vida o calor creativo.

¿Cómo se convirtió Jesús en el Mesías? Esa es la pregunta principal, cuya respuesta es esencial para la correcta comprensión de Cristo; es también aquella ante la cual M. Renan vaciló y se desvió. M. Théodore Kein vio que esta cuestión debía ser enfrentada con valentía (*Das Leben Jesu*, Zürich, 1875, 3ª edición). Su *Vida de Jesús* es la más notable que ha aparecido desde la de M. Renan. Arroja sobre la cuestión toda la luz que dan los textos y la historia interpretada esotéricamente. Pero el problema no se puede resolver sin la ayuda de la intuición y la tradición esotérica.

Es por medio de esta luz esotérica, la llama interior de todas las religiones, la verdad central de toda filosofía fructífera, que he intentado reconstruir a lo largo de sus líneas principales, la vida de Jesús, teniendo en cuenta cualquier crítica histórica previa que hasta ahora ha despejado y preparado el terreno. No es necesario definir lo que quiero decir con el punto de vista esotérico, la síntesis de Religión y Ciencia. En cuanto al valor histórico y relativo de los Evangelios, he tomado como base los tres Evangelios Sinópticos (los de Mateo, Marcos y Lucas), y el de Juan como el arcano de la enseñanza esotérica de Cristo, reconociendo al mismo tiempo el lenguaje y la forma posteriores y la tendencia simbólica de este Evangelio.

Los cuatro Evangelios, que deben ser examinados y verificados mutuamente, son igualmente auténticos, aunque de cada uno se derivan diferentes afirmaciones. Los de Mateo y Marcos son evangelios de letra y hecho; en ellos se encuentran los hechos y palabras públicas de Cristo. Lucas por su parte permite vislumbrar el significado del misterio bajo el velo de la leyenda poética; es el Evangelio del alma, de la mujer y del amor. San Juan despliega estos misterios; en su Evangelio se encuentran las profundidades de la doctrina, la enseñanza secreta, el significado de la promesa, la reserva esotérica. Clemente de Alejandría, uno de los pocos obispos cristianos que poseía la clave del esoterismo universal, lo llamó, con razón, el Evangelio del Espíritu. Juan tiene una profunda percepción de las verdades trascendentales reveladas por el Maestro, y una gran facilidad para presentarlas. Por lo tanto, su símbolo es el águila, cuya ala se divide en el firmamento, y cuyo ojo llameante abarca las profundidades del espacio.

CAPÍTULO I

SITUACIÓN DEL MUNDO EN EL NACIMIENTO DE JESÚS

Se avecinaba un momento determinante para el destino del mundo; la tierra estaba ensombrecida por la oscuridad y plagada de siniestros presagios.

A pesar de los esfuerzos de los iniciados, el politeísmo, en toda Asia, África y Europa, solo había terminado con la caída de la civilización. La sublime cosmogonía de Orfeo, tan gloriosamente cantada por Homero, no se había alcanzado y la única explicación posible es que la naturaleza humana encontró grandes dificultades para mantener una cierta altura intelectual. Para los grandes pensadores de la antigüedad, los dioses no eran más que una expresión poética de las fuerzas subordinadas de la naturaleza, una imagen parlante

de su organismo interior; solo como símbolo de las fuerzas cósmicas y anímicas estos dioses se mantienen indestructibles en la conciencia de la humanidad. Esta diversidad de dioses y fuerzas, el pensamiento de los iniciados, fue dominada y penetrada por el Dios supremo. El objetivo principal de los santuarios de Menfis, Delfos y Eleusis había sido precisamente la enseñanza de esta unidad de Dios con las ideas teosóficas y la disciplina moral que de ello se derivaban.

Pero los discípulos de Orfeo, Pitágoras y Platón fracasaron ante el egoísmo de los políticos, la sordidez de los sofistas y las pasiones de la multitud. La descomposición social y política de Grecia era la consecuencia de su descomposición religiosa, moral e intelectual. Apolo, el Verbo Solar, la manifestación del Dios supremo y el mundo supraestrional, permanece en silencio. ¡No se escucharán más oráculos, no se escucharán más poetas inspirados! Minerva, la sabiduría y la previsión, vela su rostro en presencia de su pueblo convertido en sátiros, profanando los misterios e insultando a los dioses en farsas aristofánicas en una bacanal. Los mismos misterios se corrompen, ya que los aduladores y cortesanos son admitidos en los ritos de Eleusis. Cuando el alma se aletarga, la religión cae en la idolatría; cuando el pensamiento se materializa, la filosofía degenera en escepticismo. Así vemos a Luciano, pobre fruto nacido del cadáver del paganismo, convertir en

ridículo los mitos, cuando antes Carneades había negado su origen científico.

Supersticiosa en la religión, agnóstica en la filosofía, egoísta y dividida en política, tambaleándose bajo la anarquía y abandonado fatalmente al despotismo, Grecia había cambiado desde la época en la que transmitió la ciencia de Egipto y los misterios de Asia en formas inmortales de belleza.

Si había alguien que entendía lo que el mundo necesitaba y que se esforzó por restaurar esta necesidad con un esfuerzo heroico fue Alejandro Magno. Este legendario conquistador, iniciado, como también lo fue su padre, Felipe, en los misterios de Samotracia, demostró ser más un hijo intelectual de Orfeo que un discípulo de Aristóteles. Sin duda, el Aquiles de Macedonia, que acompañado por un puñado de griegos, cruzó Asia hasta la India, soñó con un imperio universal, pero no a la manera de los césares, por la opresión del pueblo y la destrucción de la religión y la ciencia sin límites. Su gran idea era reconciliar Asia y Europa mediante una síntesis de religiones, apoyada por la autoridad científica. Impulsado por este pensamiento rindió homenaje a la ciencia de Aristóteles, como lo hizo con Minerva de Atenas, con Jehová de Jerusalén, como el egipcio Osiris y con el hindú Brahma, reconociendo, como lo haría un verdadero iniciado, una idéntica divinidad y sabiduría bajo estos diferentes símbolos. Este nuevo Dionisio poseía una amplia simpatía y una

poderosa perspicacia profética. La espada de Alejandro tipificó el último destello de la Grecia de Orfeo, iluminando tanto el este como el oeste. El hijo de Filipo murió en la embriaguez de la victoria y la gloriosa realización de su sueño, dejando los jirones de su imperio a generales egoístas y rapaces. Pero su pensamiento no murió con él; había fundado Alejandría, donde la filosofía oriental, el judaísmo y el helenismo se fusionarían en el crisol del esoterismo egipcio, hasta que llegara el momento de la palabra de resurrección del Cristo.

En la misma medida en que Apolo y Minerva, las constelaciones gemelas de Grecia, languidecían en el horizonte, una nueva amenaza se cernía sobre la gente, la loba romana.

¿Cuál es el origen de Roma? La conspiración de una oligarquía codiciosa, en nombre de la fuerza bruta; la opresión del intelecto humano, de la religión, la ciencia y el arte, por el poder político deificado: en otras palabras, lo contrario de la verdad, por la cual un gobierno puede ser legitimado De acuerdo con los principios supremos de la ciencia, la justicia y la economía.²

Toda la historia romana no es más que la consecuencia del inicuo pacto por el cual los padres de la conscripción declararon la guerra, primero contra Italia, y después contra toda la raza romana. Escogieron un símbolo apropiado; porque la descarada loba de leoninos cabellos y cabeza de hiena observando al Capitolio es la imagen de este

gobierno, el demonio que tomará posesión del alma romana hasta el final.

En Grecia al menos los santuarios de Delfos y Eleusis fueron respetados durante mucho tiempo; en Roma, desde el principio, la ciencia y el arte fueron rechazados. El intento del sabio Numa, el iniciado etrusco, fracasó ante la sospechosa ambición de los *Padres Reclutas*. Trajo consigo los libros sibilinos, que contenían parte de la ciencia de Hermes, nombró magistrados elegidos por el pueblo, distribuyó el territorio y sometió el derecho de declarar la guerra a los sacerdotes feudales. Por consiguiente, el rey Numa, ampliamente mencionado en la memoria del pueblo, que lo consideraba inspirado por un conocimiento divino, parece ser una intervención histórica de la ciencia sagrada en el gobierno. No representa el ingenio de Roma, sino el de la iniciación etrusca, que siguió los mismos principios de la escuela de Menfis y Delfos.

Después de Numa, el Senado romano quemó los libros sibilinos, arruinó la autoridad de las llamas, destruyó las instituciones de arbitraje y volvió a sus antiguos sistemas en los que la religión no era más que un instrumento de control público. Roma se convirtió en la hidra que atenazó a los pueblos y a sus dioses con ellos. Las naciones de la tierra fueron sometidas. La prisión de Mamertine se llenó de reyes del norte y del sur. Roma, empeñada en no tener más reyes que esclavos y charlatanes, termina con los últimos poseedores de la tradición esotérica

en la Galia, Egipto, Judea y Persia. Pretende adorar a los dioses, pero el único objeto de su adoración es la loba. Y ahora, en el amanecer manchado de sangre, aparece el último vástago de esta voraz criatura, ¡la encarnación del genio de Roma, César! Roma ha conquistado todas las naciones de la tierra, César, su encarnación, ostenta el poder universal. No solo aspira a convertirse en el gobernante de la humanidad, ya que, uniendo la tiara con la diadema, se hace proclamar Jefe Pontífice. Después de la batalla de Thapsus, se vota su deificación como héroe, después de la de Munda, el Senado le concede la apoteosis divina; su estatua se erige en el templo de Quirino, y se nombra un colegio de sacerdotes oficiantes que llevan su nombre. Para coronar todo con ironía y lógica, este mismo César que se deifica a sí mismo, niega en presencia del Senado la inmortalidad del alma! ¿Sería posible proclamar más abiertamente que ya no hay otro Dios que César?

Bajo los césares, Roma, heredera de Babilonia, extiende su poder por todo el mundo. ¿Qué ha sido del estado romano? Se dedica a destruir toda sociedad al margen de los gobernadores y recaudadores de impuestos en las provincias. El imperialismo de Roma se alimenta como un vampiro del cadáver de un sistema desgastado.

Y ahora las orgías romanas son desfiladas libre y públicamente con todas sus bacanales de vicio y crimen. Comienzan con el voluptuoso encuentro de Marco Antonio y Cleopatra y terminarán con los

libertinajes de Mesalina y el loco frenesí de Nerón. Señalan su presencia con una lasciva y pública parodia de los misterios y están destinados a terminar en el circo romano, donde vírgenes desnudas, mártires de su fe, son despedazadas y devoradas por bestias salvajes, en medio de los aplausos de miles de espectadores.

Y sin embargo, entre las naciones conquistadas por Roma, había una que se llamaba a sí misma el pueblo de Dios, cuyo pensamiento era opuesto al de Roma. ¿Cómo es posible que Israel, desgastado por las luchas intestinas, aplastado por tres siglos de esclavitud, haya preservado su fe indomable? ¿Por qué este pueblo conquistado se levantó, como un profeta, para oponerse a la decadencia griega y a las orgías romanas? ¿De dónde sacaron el valor para predecir la caída de los amos que tenían los pies en la garganta de la nación y hablar de algún vago triunfo final, cuando ellos mismos se dirigían a una ruina irremediable? La razón era que una gran idea, inspirada por Moisés, perduraba en la nación. Bajo Josué, las doce tribus habían erigido un pilar conmemorativo con la inscripción: «Este es un testimonio entre nosotros de que solo Jehová es Dios».

El legislador de Israel había hecho del monoteísmo la piedra angular de su ciencia y de su derecho social, así como de una idea religiosa universal. Había tenido la capacidad para entender que del triunfo de esta idea dependería el futuro de la humanidad. Para preservarlo, había escrito un

libro jeroglífico, construyó un arca dorada y levantó a un pueblo del polvo nómada del desierto. Sobre estos testigos de la idea espiritista, Moisés hizo caer la luz y el rayo del cielo. Contra ellos conspiraron no solo los moabitas, los filisteos, los amalecitas y todas las tribus de Palestina, sino también las debilitadas pasiones del propio pueblo judío. El libro dejó de ser comprendido por el sacerdocio; el arca fue capturada por los enemigos, numerosas fueron las veces en que el pueblo casi olvidó su misión. ¿Por qué entonces, a pesar de todo, permanecieron fieles a esta misión? ¿Por qué la idea de Moisés había quedado grabada en la mente y en el corazón de Israel a fuego? ¿A quién se debe esta perseverancia, esta magnífica fidelidad en medio de las vicisitudes de una historia turbulenta, una fidelidad que dio a Israel un carácter único entre las naciones? Puede atribuirse a los profetas y a la institución de la profecía; por tradición oral se remonta a Moisés. El pueblo hebreo ha tenido Nabi en todos los períodos de su historia hasta su dispersión. Pero la institución de la profecía aparece primero bajo una forma orgánica en los tiempos de Samuel. Él fue quien fundó las cofradías de Nebiim. Escuelas de profetas frente a una realeza creciente y un sacerdocio ya degenerado. Los hizo guardianes austeros de la tradición esotérica y del pensamiento religioso universal de Moisés contra los reyes, en los que debía predominar la idea política y el objetivo nacional. En estas cofradías se

conservaban las reliquias de la ciencia de Moisés, la música sagrada, el arte oculto de la curación y el arte de la adivinación, ejercido por los grandes profetas con fuerza magistral y abnegación.

La adivinación ha existido bajo las más diversas formas entre todos los pueblos del ciclo antiguo; pero la profecía en Israel posee una amplitud y una autoridad que pertenecen a la naturaleza intelectual y espiritual en la que el monoteísmo mantiene el alma humana. La profecía ofrecida por los teólogos, como la comunicación directa de un Dios personal, negada por la filosofía naturalista como pura superstición, no es en realidad más que la manifestación superior de las leyes universales del espíritu. «Las verdades generales que rigen el mundo», dice Ewald, en su excelente trabajo sobre los profetas, «en otros términos, los pensamientos de Dios, son inmutables e incapaces de ser atacados, independientemente de las fluctuaciones de las cosas, o de la voluntad y la acción de los hombres». El hombre está originalmente destinado a participar en ellos, y traducirlos libremente en actos. Pero para que la palabra del espíritu entre en el hombre, este debe estar fundamentalmente influenciado por la gran efecto de la historia. Entonces la verdad eterna surge como un destello de luz. Por eso leemos tan a menudo en el Antiguo Testamento que Jehová es un Dios vivo. Cuando el hombre escucha la llamada divina se crea en él una nueva vida; ahora ya no se siente solo, sino en comunión con Dios y con la verdad, listo para vivir

eternamente de una verdad a otra. En esta nueva vida, su pensamiento se hace uno con la voluntad universal. Tiene una clara comprensión del presente y una fe total en el éxito final de la idea divina. El hombre que experimenta esto es un profeta, es decir, se siente irresistiblemente impulsado a manifestarse ante los demás como un representante de Dios. Su pensamiento se convierte en visión y esta fuerza superior que obliga a la verdad de su alma, a veces con angustia desgarradora, constituye el elemento profético.

Las manifestaciones proféticas, a lo largo de la historia, han sido los rayos y relámpagos de la verdad».³

De estas afirmaciones, esos gigantes, Elías, Isaías, Ezequiel y Jeremías, sacaron su fuerza. En lo profundo de sus cuevas o en los palacios de los reyes, eran en realidad centinelas de Jehová, y, como Eliseo dijo a su amo Elías, «los carros de Israel y sus jinetes». A menudo predicen con visión profética la muerte de los reyes, la caída de los reinos, y los castigos que se visitarán en Israel. A veces se equivocan. La luz profética, aunque iluminada por el sol de la verdad divina, vacilará y se oscurecerá en sus manos bajo la influencia de la pasión nacional. Pero nunca vacilan en cuanto a las verdades morales, la verdadera misión de Israel, el triunfo final de la justicia para la humanidad. Como verdaderos iniciados, predicen su desprecio por el culto exterior, la abolición de los sacrificios de sangre, la purificación del alma y la práctica del

amor. Es con respecto al triunfo final del monoteísmo, su papel liberador y pacificador para todas las naciones, que su visión es verdaderamente notable. Las más espantosas desgracias que pueden golpear a una nación, la invasión extranjera, el cautiverio en Babilonia, no pueden hacer tambalear su fe. Escuchen lo que dijo Isaías durante la invasión de Senaquerib:

Alegraos por Jerusalén y alegraos con ella, todos los que la amáis. Alegraos con ella, todos los que lloráis por ella.

Para que maméis y os satisfaga el pecho de sus consuelos; para que ordeñéis y os deleitéis con la abundancia de su gloria.

Porque así dice el Señor: He aquí que yo extendiendo la paz como un río, y la gloria de los gentiles como una corriente que fluye; entonces mamaréis, seréis llevados a sus lados, y seréis colgados de sus rodillas.

Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo, y seréis consolados en Jerusalén.

Cuando veáis esto, vuestro corazón se alegrará, y vuestros huesos florecerán como una brizna de hierba y la mano del Señor será conocida por sus siervos, y su furia por sus enemigos.

Porque he aquí que el Señor vendrá con fuego y con sus carros como un torbellino, para descargar su ira con furia y su castigo con llamas de fuego.

Porque con el fuego y con su espada, el Señor abogará por toda carne, y los muertos del Señor serán muchos.

Los que se santifican y purifican en los jardines detrás de un árbol, comiendo carne de cerdo, y la abominación y el ratón serán consumidos juntos, dice el Señor.

Porque yo conozco su obra y sus pensamientos; vendrá y reunirá a todas las naciones y lenguas, y vendrán y verán mi gloria.⁴

Es solo ante la tumba de Cristo que esta visión comienza a hacerse realidad, pero ¿quién podría negar su verdad profética al pensar en el papel que desempeñó Israel en la historia de la humanidad?

No menos firme que esta fe en el futuro de Jerusalén, en su grandeza moral y universalidad religiosa, es la fe de los profetas en un salvador o un mesías. Todos hablan de él; el incomparable Isaías sigue siendo el que tiene la visión más clara, y el que la describe con mayor fuerza en un lenguaje audaz y elevado:

Del tallo de Jesse saldrá una vara, y de sus raíces crecerá una rama;

Y el espíritu del Señor descansará sobre él, el espíritu de sabiduría y comprensión, el espíritu de consejo y poder, el espíritu de conocimiento y de temor del Señor.

Y lo hará comprendiendo el temor del Señor, y no juzgará a la vista de sus ojos, ni reprenderá a la vista de sus oídos.

Pero con justicia juzgará a los pobres y reprenderá con equidad a los mansos de la tierra; y herirá la tierra, y con el aliento de sus labios matará a los malvados.

Y la justicia será su cincha y la fidelidad la cuerda de sus riendas.⁵

Ante esta visión, el alma sombría del profeta se calma y se aclara, como lo hace un cielo agitado por una tormenta. Por ahora es la imagen del galileo la que está presente ante su visión interior:

Porque crecerá ante él como una planta joven y como una raíz en la tierra seca; que carece de forma y belleza. Y cuando lo veamos, no habrá ninguna belleza que podamos desearle.

Despreciado y desechado por los hombres, señor del dolor y experimentado en la pena, y nosotros le ocultamos como si fuera nuestro rostro; fue despreciado y no lo valoramos.

Ciertamente él ha llevado nuestras penas y nuestros dolores, pero nosotros lo creemos herido, golpeado por Dios y afligido.

Pero él fue herido por nuestras transgresiones, fue herido por nuestras inequidades; el castigo por nuestra paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos sanados.

Todos nosotros nos hemos descarriado como ovejas, cada uno se ha apartado de su camino, y el Señor ha puesto sobre él la inequidad de todos nosotros.

Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como oveja delante de sus esquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.

Fue sacado de la prisión y del juicio. ¿Y quién declarará su generación? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la transgresión de mi pueblo fue herido.⁶

Durante ocho siglos las palabras de los profetas hicieron que la idea y la imagen del Mesías se mantuviera por encima de todas las disensiones y desgracias nacionales, a veces bajo la forma de un terrible vengador, y de nuevo como un ángel de la misericordia. La idea mesiánica, tiernamente nutrida bajo el despotismo asirio en el exilio babilónico, y sacada a la luz bajo la dominación persa, continuó creciendo bajo el reinado de los seleucidas y los macabeos. Cuando llegó el dominio romano y el reinado de Herodes, el Mesías estaba vivo en la conciencia de todos. Los grandes profetas lo habían visto como un gran hombre, un mártir, un verdadero hijo de Dios... el pueblo, fiel a la idea judía, lo imaginó como un David, un Salomón o un nuevo Macabeo. Sea lo que sea, todos creían y esperaban que este restaurador de la grandeza de Israel. Tal es el poder de la acción profética.

Así vemos como la historia romana termina en César, por el camino del instinto y por la lógica infernal del destino, así la historia de Israel

conduce libremente a Cristo por el camino consciente y la lógica divina de la providencia, manifestada en sus representantes visibles, los profetas. El mal está condenado fatalmente a contradecirse y destruirse a sí mismo, porque representa lo falso; pero el bien, a pesar de todos los obstáculos, engendra luz y armonía después de un lapso de tiempo, porque es el fruto de la verdad. De su triunfo Roma no obtuvo nada más que el Cesarismo, de su caída Israel dio a luz al Mesías.

Una vaga expectativa se cernía sobre las naciones. El exceso de maldad anunciaba la llegada de un salvador. Durante siglos la mitología había soñado con un niño divino. Los templos hablaban de él con misterio; los astrólogos calculaban su llegada; las sibilas frenéticas habían proclamado a viva voz la caída de los dioses paganos. Los iniciados habían anunciado que algún día el mundo sería gobernado por uno de los suyos, un Hijo de Dios.⁷ El mundo esperaba un rey espiritual, tal como lo entenderían los pobres y los humildes.

El gran Æschylus, hijo de un sacerdote de Eleusis, casi fue asesinado por los atenienses por atreverse a decir en el abarrotado teatro, por boca de su *Prometeo*, que el reinado de Júpiter-Destino llegaría a su fin. Cuatro siglos después, bajo la sombra del trono de Augusto, el gentil Virgilio anuncia una nueva era, y sueña con un niño maravilloso...

*Ultima Cumaei venit jam carminis aetas;
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna:
Jam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta, fave, Lucina; tuus jam regnat Apollo.*

...
*Aspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum,
Aspice venturo laetantur ut omnia saeclo.*⁸

¿Cuándo nacerá este niño? ¿De qué mundo divino vendrá esta alma? ¿En qué brillante destello descenderá a la tierra? ¿Con qué maravillosa pureza, con qué energía sobrehumana recordará al cielo? ¿Con qué esfuerzo más poderoso regresará de la profundidad de su conciencia terrenal, llevando consigo a la humanidad en su tren?

Nadie podía predecirlo, pero el mundo estaba a la espera.

Herodes el Grande, el usurpador idumeo, el protegido de Augusto César, estaba entonces a punto de morir en su castillo de Cipriano en Jericó, después de un suntuoso y sangriento reinado que había cubierto a Judea con espléndidos palacios y hecatombes humanas. Moría de una terrible enfermedad, la descomposición de la sangre, temida por todos, desgarrado por la furia y el remordimiento, perseguido por los espectros de sus innumerables víctimas, entre las que se contaban su inocente esposa, la noble Mariamme, de sangre macabea, y tres de sus propios hijos. Las siete

mujeres de su harén habían huido de la presencia del fantasma real. Su propia escolta lo había abandonado. Impasible al lado del miserable moribundo estaba sentada su hermana Salomé, su genio malvado, la instigadora de sus crímenes más sucios. Con la diadema en la frente y el pecho reluciente de piedras preciosas, ella vigilaba, esperando el último aliento del rey, cuando ella a su vez tomaría las riendas de la soberanía.

Así murió el último rey de los judíos. En este mismo momento acababa de nacer el futuro rey espiritual de la humanidad,⁹ y los pocos iniciados de Israel se preparaban en silencio para su reinado en profunda humildad y silencio.

CAPÍTULO II

MARÍA

PRIMER DESARROLLO DE JESÚS

Josué, a quien llamamos Jesús, por la forma griega de su nombre, probablemente nació en Nazaret.¹⁰ Fue ciertamente en este rincón abandonado de Galilea donde pasó su infancia y donde se cumplió el primero, el más grande, de los misterios cristianos: la aparición del alma de Cristo. Era hijo de Miriam, o María, esposa del carpintero José, una galilea de origen noble vinculada a los esenios.

La leyenda ha tejido un tejido de maravillas alrededor del nacimiento de Jesús. Si la leyenda da refugio a numerosas supersticiones, también a veces oculta verdades poco conocidas, ya que están

por encima de la percepción de la mayor parte de la humanidad. Un hecho que se puede aprender de la historia legendaria de María es que Jesús fue un niño consagrado antes de su nacimiento a una misión profética por deseo de su madre. Lo mismo se cuenta de varios héroes y profetas del Antiguo Testamento. Estos hijos así consagrados a Dios fueron llamados Nazarenos. Tocando este punto, es interesante referirse a las historias de Sansón y de Samuel. Un ángel anuncia a la madre de Sansón que pronto estará encinta, y dará a luz un hijo, cuya cabeza no tocará la tijera. En el caso de Samuel, es la madre quien pide un hijo a Dios (Jueces Conf. 8, 3-5; y Samuel 1, 11-20).

Ahora Sam-u-el, en su significado original de raíz, significa, Gloria interior de Dios. La madre, sintiéndose, por así decirlo, iluminada por él lo consideraba como la esencia etérea del Señor.

Estos pasajes son extremadamente importantes, ya que nos introducen en lo esotérico, en la tradición constante y viva de Israel, y, a lo largo de este proceso, en el significado real de la leyenda cristiana. Elkana, el esposo, es en verdad el padre terrenal de Samuel en la carne, pero el Eterno es su padre celestial en el espíritu. El lenguaje figurativo del monoteísmo judío aquí enmascara la doctrina de la preexistencia del alma. La mujer iniciada apela a un alma superior, exigiendo recibirla en su vientre y dar a luz a un profeta. Esta doctrina, considerablemente velada por los judíos, y completamente ausente en su culto oficial, formaba

parte de la tradición secreta de los iniciados. Aparece en los profetas. Jeremías lo afirma en los siguientes términos: «Vino a mí palabra del Señor, diciendo: Antes de formarte en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del vientre, te santifiqué, y te ordené profeta para las naciones».¹¹

Jesús dirá lo mismo a los escandalizados fariseos: «Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que antes que Abraham fuese, yo soy».¹²

¿Cuánto de esto podemos aplicar en el caso de María, la madre de Jesús? Parece ser que, en las primeras comunidades cristianas, Jesús había sido considerado como un hijo de María y José, ya que Mateo nos da el árbol genealógico de José para probar que Jesús puede rastrear su descendencia de David. Más tarde, la leyenda, deseosa de mostrar el origen sobrenatural de Cristo, tejió su red de oro y azur; la historia de José y María, la Anunciación e incluso la infancia de María en el templo.¹³

El intento de descubrir el significado esotérico de la tradición judía y de la leyenda cristiana llevaría a decir que la acción de la providencia, o el influjo del mundo espiritual que coopera en el nacimiento de cualquier hombre, sea quien sea, es más poderoso y evidente en el nacimiento de todos los hombres sabios, cuya aparición no puede explicarse en modo alguno por la única ley del atavismo físico. Este influjo alcanza su mayor intensidad en el caso de uno de esos profetas divinos destinados a cambiar la faz del mundo. El

alma, elegida para una misión divina, procede de un mundo divino; se desarrolla libre y conscientemente, pero para que pueda acceder a una vida terrenal se necesita un recipiente elegido y la apelación de una madre, que por su actitud moral, el deseo de su alma y la pureza de su vida, tiene un presentimiento, atrae y encarna en su misma sangre y carne el alma del redentor, destinada a los ojos de los hombres a convertirse en hijo de Dios. Tal es la profunda verdad que subyace a la antigua idea de la Virgen. El mundo hindú ya había dado forma a esta idea en la leyenda de Krishna. Los Evangelios de Mateo y de Lucas lo han hecho con una simplicidad e instinto poético aún más admirables.

«Para el alma que procede del cielo, el nacimiento es una muerte», había dicho Empédocles 500 años antes de Cristo. Por muy sublime que sea el espíritu, una vez encarcelado en la carne, pierde temporalmente el recuerdo de todo su pasado; una vez comprometido en la vida corporal, el desarrollo de su conciencia terrenal está sometido a las leyes del mundo en el que se encarna. Cae bajo la fuerza de los elementos. Cuanto más alto sea su origen, mayor será el esfuerzo para recuperar sus poderes dormidos, sus interioridades celestiales, y para tomar conciencia de su misión.

Las almas puras y jóvenes necesitan silencio y paz para manifestarse. Jesús pasó sus primeros años en medio de la calma de Galilea. Sus primeras

impresiones fueron suaves, austeras y serenas. Su lugar de nacimiento se asemejaba a un rincón del cielo, caído en la ladera de una montaña. El pueblo de Nazaret ha cambiado poco con el paso del tiempo.¹⁴ Sus casas, que se elevaban en hileras bajo la roca, se parecían, según los viajeros a cubos blancos esparcidos en un bosque de granados, viñas e higueras, mientras miríadas de palomas llenaban los cielos. Alrededor de este nido de verdor y frescura se respiraba el aire puro de la montaña mientras que en las alturas se podía ver el claro horizonte de Galilea. Se añade a este imponente entorno la tranquila y solemne vida hogareña de una piadosa familia patriarcal. La fuerza de la educación judía residía siempre en la unidad de la ley y la fe, así como en la poderosa organización de la familia dominada por la idea nacional y religiosa. El hogar paterno era una especie de templo para el niño. En lugar de los frescos sonrientes, las ninfas y los faunos que adornaban el atrio de las casas griegas, como se veía en Séforis y Tiberíades, en las casas judías solo se encontraban pasajes de las leyes y los profetas, los textos rígidos y severos que destacaban en caracteres caldeos sobre las puertas y sobre los muros. Pero la unión del padre y la madre en el amor mutuo de sus hijos iluminaba y calentaba la casa con una vida claramente espiritual. Fue allí donde Jesús recibió su primera instrucción, y se familiarizó por primera vez con las Escrituras bajo la enseñanza de sus padres.

Desde su más tierna infancia, el largo y extraño destino del pueblo de Dios se le presentó en las festividades periódicas y los días santos que se celebraban en la vida familiar con la lectura, el canto y la oración. En la fiesta de los Tabernáculos se erigía un cobertizo, hecho de ramas de mirto y olivo, en la corte o en el tejado de la casa en memoria de los patriarcas nómadas de épocas pasadas. Se encendía el candelabro de siete brazos y se producían los rollos de papiro de los que se leía en voz alta la historia secreta. Para la mente del niño, el Eterno estaba presente, no solo en el cielo estrellado, sino también en este candelabro el reflejo de su gloria, en el discurso del padre y el amor silencioso de la madre. Así Jesús conoció los grandes días de la historia de Israel, días de alegría y de dolor, de triunfo y de exilio, de innumerables aflicciones y de esperanza eterna. El padre no respondió a las preguntas directas y ansiosas del niño. Pero la madre, levantando esos ojos soñadores de debajo de sus largas y oscuras pestañas, y captando la mirada interrogante de su hijo, le dijo: «La Palabra de Dios vive solo en sus profetas. Algún día los sabios esenios, solitarios vagabundos por el monte Carmelo y el Mar Muerto, te darán una respuesta»⁸.

También podemos imaginar al niño Jesús entre sus jóvenes compañeros, ejerciendo sobre ellos el extraño prestigio dado por una inteligencia precoz unida a su activa simpatía y al sentimiento de justicia. Lo seguimos hasta la sinagoga, donde

escuchó a los escribas y fariseos discutir juntos y donde él mismo debía ejercer sus poderes dialécticos. Lo vemos rápidamente repelido por la árida enseñanza de estos eruditos de la ley, que torturaban a sus alumnos hasta el punto de acabar con su espíritu. Y de nuevo, lo vemos puesto en contacto con la vida pagana mientras visitaba la rica Séforis, capital de Galilea, residencia de Antipas, custodiada por los mercenarios de Herodes, galos, tracios y bárbaros de todo tipo. En uno de esos frecuentes viajes para visitar a las familias judías podría haber ido a una ciudad fenicia, una de esas verdaderas colmenas de seres humanos, repleta de vida, junto al mar. Vería desde lejos los templos bajos, con sus gruesas y robustas columnas, rodeados de oscuras arboledas, de donde salían los cantos de las sacerdotisas de Astarté, con el triste acompañamiento de la flauta; sus voluptuosos chillidos, penetrantes como un grito de dolor, despertarían en su corazón un profundo gemido de angustia y lástima. Entonces el hijo de María regresó a sus amadas montañas con un sentimiento de liberación. Montó en las laderas de Nazaret, mirando a su alrededor en el vasto horizonte hacia Galilea y Samaria, y fijó su mirada en el Carmelo, Gilboa, Tabor y Sichem, antiguos testigos de los patriarcas y profetas.

Por muy poderosas que hayan sido las impresiones del mundo exterior en el alma de Jesús, todas ellas palidecieron ante la soberana e inexpressable verdad de su mundo interior. Esta

verdad se expandía en las profundidades de su naturaleza, como una hermosa flor que emerge de un oscuro estanque. Se asemejaba a una luz creciente que se le aparecía cuando estaba solo en meditación silenciosa. En esos momentos los hombres y las cosas, ya sea cerca o lejos, parecían transparentes en su esencia. Leía los pensamientos y veía las almas; luego, en la memoria, vislumbraba, como a través de un fino velo, seres divinamente bellos y brillantes que se inclinaban sobre él, o se reunían en adoración de una luz deslumbrante. Maravillosas visiones se producían en su sueño, o se interponían entre él y la realidad por una verdadera duplicación de su conciencia. En estos transportes de éxtasis que le llevaban de zona en zona como hacia otros cielos, se sentía a veces atraído por una poderosa luz deslumbrante y luego se sumergía en un sol incandescente. Estas experiencias encantadoras dejaron en él un manantial de inefable ternura, una fuente de maravillosa fuerza. ¡Qué perfecta fue la reconciliación que sintió con todos los seres, en qué sublime armonía estaba con el universo! Pero, ¿qué era esta misteriosa luz —más familiar y viva que la otra— que brotaba de las profundidades de su naturaleza, llevándolo a los más lejanos tramos del espacio y sin embargo uniéndolo por vibraciones secretas con todas las almas? ¿No era la fuente de las almas y de los mundos?

Le puso nombre: Su padre en el cielo.¹⁵

Este sentimiento primitivo de unidad con Dios a la luz del amor, es la primera gran revelación de Jesús. Una voz interior le dijo que lo escondiera en lo profundo de su corazón; sin embargo, esta era para dar luz a toda su vida. Le invadió un sentimiento de invencible certeza, de forma amable e indomable convirtió su pensamiento en un escudo de diamante y su discurso en una espada de fuego.

Además, esta vida mística profundamente secreta se fundió con perfecta claridad en los asuntos de la vida cotidiana. Lucas lo señala los doce años como «creciendo en fuerza, gracia y sabiduría». La conciencia religiosa era en Jesús innata, absolutamente independiente del mundo exterior. Su conciencia profética y mesiánica solo podía ser despertada por circunstancias externas, por la vida de su época, por una iniciación especial y una larga elaboración interior. Se encuentran rastros de esto en los Evangelios y en otros lugares.

La primera gran revelación se produjo durante un viaje a Jerusalén con sus padres según lo relatado por Lucas. Esta ciudad, orgullo de Israel, se había convertido en el centro de las aspiraciones judías. Sus desgracias no habían tenido otro efecto que exaltar las mentes de los hombres. Bajo los seléucidas y los macabeos, primero por Pompeyo y finalmente por Herodes, Jerusalén había sido sometida al más terrible de los asedios. Se habían derramado torrentes de sangre, las legiones romanas habían masacrado al pueblo en sus calles

e innumerables crucifixiones habían contaminado las ciudad y sus alrededores. Después de tales horrores y la humillación que siguió a la ocupación romana, tras diezmar al Sanedrín y reducir al pontífice a un mero esclavo tembloroso, Herodes, irónicamente, había reconstruido el templo con más gloria que nunca. Jerusalén seguía siendo, no obstante, la ciudad santa. ¿No la había llamado Isaías, el autor favorito de Jesús, «la novia ante la cual el pueblo se inclinará»? Había dicho «Las naciones vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento... No se oirá más violencia en tu tierra, ni desperdicio ni destrucción dentro de tus fronteras, sino que llamarás a tus muros Salvación y a tus puertas Alabanza».¹⁶ Ver Jerusalén y el templo de Jehová era el sueño de todos los judíos, especialmente desde que Judea se había convertido en una provincia romana. Viajaron desde Perea, Galilea, Alejandría y Babilonia. En el camino, ya sea en el desierto bajo las palmeras ondulantes, o cerca de los pozos, lanzaban ojos anhelantes, mientras cantaban sus salmos, en dirección a la colina de Sión. Un extraño sentimiento de opresión debió de llegar al alma de Jesús cuando, en su primer peregrinaje, vio la ciudad cubierta con altas murallas. Como una sombría fortaleza, el anfiteatro romano de Herodes a sus puertas, la torre de Antonio dominando el templo y las legiones romanas armadas y en guardia desde las alturas. Subió los escalones del templo y admiró la belleza de esos pórticos de mármol, a lo largo de los cuales

caminaban los fariseos con suntuosas vestimentas. Después de cruzar el patio de los gentiles, se dirigió al de las mujeres y, mezclándose con la multitud de israelitas, se acercó a la puerta de Nicanor y a la balaustrada de tres cubos, detrás de la cual se veían sacerdotes con vestidos púrpura y violeta con oro y piedras preciosas, oficiando allí delante del santuario, sacrificando toros y cabras y rociando la sangre sobre el pueblo mientras pronunciaban una bendición. Todo esto no se parecía en nada al templo de sus sueños, ni al cielo en su corazón.

Luego descendió de nuevo a los barrios más poblados de la ciudad, donde vio a mendigos escuálidos por el hambre y con el rostro desgarrado por la angustia; un verdadero reflejo de las torturas y crucifixiones que acompañaron a las últimas guerras. Saliendo de la ciudad por una de las puertas vagó entre los valles pedregosos y barrancos sombríos que formaban las canteras y tumbas de los reyes y que hacían de Jerusalén un verdadero sepulcro. Allí vio salir de las cuevas a maníacos que gritaban blasfemias contra vivos y muertos. Luego, descendiendo por un amplio camino de piedras hasta el estanque de Siloé, vio al borde del agua leprosos, paráliticos y desgraciados cubiertos de úlceras y llagas en la más abyecta miseria. Un impulso irresistible le obligó a mirarles profundamente a los ojos y a beber su dolor. Algunos le pidieron ayuda, otros estaban tristes y desesperados, otros, con los sentidos entumecidos,

parecían haber terminado con el sufrimiento. Pero entonces, ¿cuánto tiempo habían estado allí para llegar a tal estado?

Entonces Jesús se dijo a sí mismo: «¿De qué sirven estos sacerdotes, este templo y estos sacrificios, si no pueden aliviar un sufrimiento tan terrible?». Y, de repente, como un torrente abrumador, sintió que se derramaba en su corazón la pena y los dolores de este pueblo y sus habitantes, de toda la humanidad. Comprendió entonces que una felicidad que no se podía compartir con los demás era absolutamente inútil. Estas miradas de desesperación nunca dejaron su memoria. El sufrimiento humano, una novia con cara triste, le acompañaría en lo sucesivo a todas partes, susurrándole al oído: «¡Nunca más te dejaré!».

Con el alma llena de angustia dejó Jerusalén y se dirigió hacia los picos abiertos de Galilea. Un grito llegó desde lo más profundo de su corazón: «¡Padre en el cielo! Concédeme que pueda conocer, sanar y salvar!».

CAPÍTULO III

EL ESENIOS - JUAN EL BAUTISTA LA TENTACIÓN

Lo que deseaba saber lo podía aprender nada menos que de los esenios.

Los evangelios han mantenido un silencio perfecto en cuanto a las experiencias de Jesús antes de su encuentro con Juan el Bautista a través del cual, según ellos, tomó conciencia de su lugar en el mundo. Inmediatamente después hace su aparición en Galilea con una doctrina claramente definida, la seguridad de un profeta y la conciencia del Mesías. Pero evidentemente esta audaz y premeditada aparición fue precedida por el largo desarrollo de una verdadera iniciación. Es evidente que esta iniciación debió tener lugar en la única asociación de Israel que en aquella época conservaba las

verdaderas tradiciones de los profetas y adoptaba su modo de vida. No hay duda de ello entre aquellos que, superando la superstición de la interpretación literal, tienen el coraje de descubrir cómo las cosas están unidas por su espíritu. Esto se debe no solo a las relaciones íntimas que se ven entre la doctrina de Jesús y la de los esenios, sino también al silencio que guardan Cristo y sus discípulos sobre esta secta. ¿Por qué quien ataca con una valentía sin igual a todas las sectas religiosas de su época, pero no menciona nunca a los esenios? ¿Y por qué ni los apóstoles ni los evangelistas hablan de ellos? Evidentemente porque consideraban a los esenios como pertenecientes a una rama común, vinculada a ellos por el juramento de los misterios y vinculada a la secta de los cristianos.

La Orden de los Esenios constituyó en los tiempos de Jesús el último remanente de aquellas hermandades de profetas organizadas por Samuel. El despotismo de los gobernantes de Palestina, los celos de un sacerdocio ambicioso y servil, les había obligado a refugiarse en el silencio y la soledad. Ya no luchaban como sus predecesores, sino que se contentaban con preservar sus tradiciones. Tenían dos centros principales, uno en Egipto, a orillas del lago Maoris, el otro en Palestina, en Ein Gueddi, cerca del Mar Muerto. El nombre que los esenios habían adoptado provenía de la palabra siria «Asaya», médico —en griego, terapeuta—, ya que su única capacidad reconocida era la de curar

enfermedades, tanto físicas como morales. «Estudiaron con gran diligencia», dice Josefo, «ciertos escritos médicos que tratan de las virtudes ocultas de las plantas y los minerales».¹⁷

Algunos de ellos poseían el don de la profecía, como, por ejemplo, Menahim, que había profetizado que Herodes debería reinar. «Sirven a Dios», dijo Philo, «con gran piedad, no ofreciendo víctimas sino santificando el espíritu; evitando los pueblos se dedican al arte de la paz; no se encuentra ni un solo esclavo entre ellos; todos son libres y trabajan los unos para los otros».¹⁸ Las reglas de la Orden eran estrictas; para entrar era necesario un año de noviciado. Si se habían dado suficientes pruebas de templanza se procedía a las abluciones, aunque sin entrar en relaciones con los maestros de la Orden. Las pruebas, que se prolongaban durante otros dos años, eran necesarias antes de ser recibido en la fraternidad. Juraban «mediante terribles juramentos» conservar las reglas de la Orden y no traicionar ninguno de sus secretos. Solo entonces participaban en las comidas comunes que se celebraban con gran solemnidad y constituían el culto interior de los esenios. La vestimenta que llevaban durante estos repasos la consideraban sagrada y debían quitársela antes de reanudar el trabajo. Estas fiestas de amor fraternal, forma primitiva de la cena instituida por Jesús, comenzaban y terminaban con la oración. La primera interpretación de los libros sagrados de

Moisés y los profetas fue dada aquí. Pero la interpretación de los textos permitía tres significados, así como había tres grados de iniciación. Muy pocos alcanzaron el grado más alto. Todo esto se parece maravillosamente a la organización de los pitagóricos,¹⁹ pero ciertamente fue casi lo mismo entre los antiguos profetas, ya que se encuentra dondequiera que haya existido la iniciación. Hay que añadir que los esenios profesaban el dogma esencial de la doctrina órfica y pitagórica; el de la preexistencia del alma, consecuencia y razón de su inmortalidad. «El alma, decían, descendiendo del éter más sutil y atraída al cuerpo por un cierto encanto natural (ἰσχυρὴν τιμὴν φυσικῇ), permanece allí como en una prisión; liberada de las ataduras del cuerpo, como de una larga servidumbre, emprende alegremente su vuelo» (Josefo, A. J., 2, 8).

Entre los esenios, los hermanos propiamente dichos, vivían en comunidad de bienes y en condición de celibato, cultivando la tierra y, a veces, educando a los hijos de extraños: Los esenios casados formaban una clase afiliada y sometida a la otra. Silenciosos, gentiles y graves se encontraban aquí y allá, cultivando el arte de la paz. Carpinteros, tejedores, viticultores o jardineros, nunca armeros o comerciantes. Dispersos en pequeños grupos por toda Palestina, y en Egipto, incluso hasta el Monte Horeb se ofrecieron la más completa hospitalidad. Así

vemos a Jesús y a sus discípulos viajando de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, y siempre seguros de encontrar refugio y alojamiento. «Los esenios —dijo Josefo— tenían una moralidad ejemplar, se obligaban a reprimir la pasión y la ira; siempre benévolo, pacífico y digno de confianza. Su palabra era más poderosa que un juramento que, en la vida ordinaria, consideraban superfluo y casi como un perjurio. Soportaron la más cruel de las torturas con admirable firmeza y rostro sonriente en lugar de violar el más mínimo precepto religioso». Indiferente a el lujo exterior del culto en Jerusalén, repelido por la dureza de los saduceos y las oraciones de los fariseos, así como por la pedantería de la sinagoga, Jesús fue atraído hacia los esenios por afinidad natural.²⁰

La muerte prematura de José liberó completamente al hijo de María, ahora convertido en un hombre. Sus hermanos podían continuar con el comercio del padre y suplir todas las necesidades de la familia así que María le dio permiso para irse en secreto a Ein Gueddi. Acogido como un hermano y uno de los elegidos adquirió rápidamente sobre sus mismos líderes una transcendencia sin precedentes por sus facultades superiores, su ardiente amor y un indescriptible elemento divino manifestado en todo su ser. De los esenios recibió lo que solo ellos podían darle: la tradición esotérica de los profetas y, por ende, su propia tendencia o tendencia histórica y religiosa.

Llegó a comprender cuán grande era el abismo que separaba la doctrina oficial judía de la antigua sabiduría de los iniciados, verdadera madre de las religiones, aunque siempre perseguida por Satanás, es decir, por el espíritu del mal, del egoísmo, del odio y de la negación, aliado con el poder político absoluto y la impostura sacerdotal. Aprendió que el Génesis, bajo el sello de su simbolismo, ocultaba una teogonía y cosmogonía tan alejada de su significado literal como lo es la más profunda verdad de la ciencia en la fábula de un niño. Contempló los días de Aelohim, la creación eterna por la emanación de los elementos y la formación de los mundos, el origen de las almas flotantes y su retorno a Dios por las existencias progresivas o generaciones de Adán. Le impresionó la grandeza del pensamiento de Moisés cuya intención había sido reparar la unidad religiosa de las naciones estableciendo el culto del Dios único y encarnando esta idea en un pueblo.

Después fue instruido en la doctrina de la palabra sagrada, ya enseñada por Krishna en la India, por los sacerdotes de Osiris, por Orfeo y Pitágoras en Grecia, y conocida por los profetas bajo el nombre de Misterios del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios. Según esta doctrina, la más alta manifestación de Dios es el hombre que, en su constitución, forma, órganos e inteligencia es la imagen del Ser Universal cuyas facultades posee. Sin embargo, en la evolución terrenal de la humanidad, Dios está disperso, dividido y mutilado

por así decirlo, en la multiplicidad de los hombres y de las imperfecciones humanas. En ella sufre, lucha y trata de encontrarse a sí mismo, es el hijo del hombre, el hombre perfecto, el hombre-arquetipo, el pensamiento más profundo de Dios permaneciendo oculto en el abismo infinito de su deseo y de su poder. Sin embargo, en ciertas épocas, cuando la humanidad debe ser salvada de algún terrible abismo, el elegido se identifica con la divinidad, la atrae a sí mismo por la fuerza, la sabiduría y el amor y la manifiesta de nuevo a los hombres. Entonces, la divinidad, por la virtud y el aliento del espíritu, está completamente presente en él: el hijo del hombre se convierte en el Hijo de Dios y en su palabra. En otras épocas y entre otras naciones ya habían aparecido hijos de Dios, pero desde Moisés, ninguno había surgido en Israel. Todos los profetas esperaban a este mesías. Los videntes dijeron incluso que esta vez se llamaría hijo de la mujer, de la Isis celestial, de la luz divina que es la esposa de Dios porque la luz del amor brillaría en él, por encima de cualquier otra luz, con un esplendor deslumbrante, hasta ahora desconocido en la tierra.

Todos estos secretos que el patriarca de los esenios reveló al joven galileo en las solitarias orillas del Mar Muerto, en el solitario Ein Guedi, le parecían maravillosos, pero aún así conocidos. Fue sin una emoción ordinaria con la que escuchó al jefe de la Orden comentar las palabras que aún se leen en el Libro de Enoc: «Desde el principio el

Hijo del Hombre estuvo en el misterio. El Padre lo mantuvo cerca de su poderosa presencia y lo manifestó a sus elegidos... Pero los reyes tendrán miedo y se postrarán en tierra con terror, cuando vean al Hijo de la Mujer sentado en el trono de su gloria... Entonces los elegidos convocarán a todas las fuerzas del cielo, a todos los santos y al poder de Dios; y los querubines, los serafines, los ophanim, todos los ángeles de la fuerza, todos los ángeles del Señor, es decir, de los elegidos y de la otra fuerza, sirviendo en la tierra y sobre las aguas, alzarán sus voces».²¹

En estas revelaciones las palabras de los profetas, leídas y meditadas en innumerables veces aparecieron ante los ojos del nazareno con una luz profunda y terrible, como relámpagos en la noche. ¿Quién podría ser este elegido, y cuándo aparecería ante Israel?

Jesús pasó una serie de años entre los esenios. Se sometió a su disciplina, estudió con ellos los secretos de la naturaleza y el poder oculto de la curación. Para desarrollar su espíritu obtuvo el dominio absoluto sobre su cuerpo. No pasó un día sin cuestionarse y meditar sobre el destino de la humanidad. Fue una noche memorable para la orden de los Esenios y el nuevo adepto cuando recibió en el más profundo secreto la iniciación superior del cuarto grado, la que solo se concede en el caso especial de una misión profética, solicitada por un hermano y confirmada por los Ancianos. Se celebró una reunión en una cueva

excavada en la montaña, que parecía una gran sala con un altar de asientos de piedra. El jefe de la orden estaba allí con algunos Ancianos. A veces dos o tres iniciados, o profetisas, eran admitidos en la misteriosa ceremonia. Con antorchas y ramas de palmeras, saludaban al nuevo iniciado que estaba vestido con una túnica de lino blanco, como «novio y rey», el que habían visto en visión, ¡y al que ahora miraban quizás por última vez! Entonces, el jefe de la orden, generalmente un viejo centenario (Josefo afirma que los esenios vivieron hasta una edad avanzada) le ofreció el cáliz de oro como símbolo de la iniciación final, conteniendo el vino de la viña del Señor, símbolo de la inspiración divina. Algunos decían que Moisés y los setenta habían bebido de él; otros lo remontaban a Abraham que recibió de Melquisedec esta misma iniciación bajo los elementos de pan y vino.²² Nunca ofrecieron la copa a nadie en quien no hubieran reconocido, con clara certeza los signos de una misión profética. Pero nadie podía definir esta misión, él mismo debía encontrarla; tal es la ley de los iniciados: nada de fuera, todo de dentro. En adelante era libre, dueño de sus propias acciones, liberado de la orden, como hierofante, obediente a los impulsos del espíritu que podían arrojarlo a las profundidades o elevarlo a los cielos muy por encima de las escenas de tortura y de pasión humana.

Cuando después de los cantos y oraciones y palabras sacramentales del Anciano el Nazareno

tomó la copa, un pálido rayo de sol que atravesaba un escarpado peñasco de la montaña corrió por las antorchas y las blancas vestiduras de las profetisas esenias. Ellas también se estremecieron al verlo caer sobre el hermoso rostro del galileo, ahora ensombrecido por una mirada de infinito dolor. ¿Acaso sus pensamientos se centraban en los pobres desdichados de Siloé; ya había vislumbrado en esa angustia siempre presente el camino que iba a recorrer?

En esa época Juan el Bautista estaba predicando a orillas del Jordán. No era un esenio sino un profeta del pueblo, perteneciente a la robusta raza de Judá. Conducido al desierto por una feroz e inquebrantable piedad llevó allí, en la oración, el ayuno y la mortificación, una vida del más estricto ascetismo. Sobre su piel desnuda y bronceada llevaba una capa de pelo de camello, símbolo de la penitencia que deseaba imponerse a sí mismo y a su pueblo. Profundamente sentía la angustia de Israel y desesperadamente esperaba la liberación. Según la idea judía, imaginaba que el Mesías vendría pronto como vengador y juez que, como otros macabeos, despertaría al pueblo para que se rebelara, expulsaría a los romanos, castigaría a los culpables y finalmente entraría triunfante en Jerusalén donde, con paz y justicia, restablecería el reino de Israel sobre todas las naciones. Anunciaba a las multitudes que bebían ansiosamente en sus palabras que se acercaba el momento de la venida de este mesías, añadiendo que se prepararan para

ello con un espíritu de verdadero arrepentimiento. Adoptando la costumbre esenia de la ablución y transformándola había considerado el bautismo en el Jordán como un símbolo visible, un logro público de la purificación interior en la que insistía. Esta nueva ceremonia, esta seria predicación a inmensas multitudes con el desierto como fondo y junto a las aguas sagradas del Jordán, cerca de las escarpadas montañas de Perea y Judea, se apoderó de la imaginación y atrajo a multitudes. Recordaba los días gloriosos de los profetas de antaño y daba al pueblo lo que el templo no podía darle, una revelación interior y, después de que los terrores del arrepentimiento hubieran pasado, una vaga aunque poderosa esperanza. Vinieron de todas partes, de Palestina e incluso de tierras más lejanas para escuchar al santo del desierto que predijo la llegada del Mesías. El pueblo, atraído por su mensaje, permaneció allí en los campamentos, durante semanas enteras, escuchándolo diariamente, sin querer partir, esperando la llegada del Mesías. Muchos pidieron tomar las armas bajo su mando, y reanudar la guerra santa. Herodes Antipas y los sacerdotes de Jerusalén comenzaron a inquietarse por esta excitación del pueblo. Los signos se hacían cada vez más evidentes; Tiberio, a la edad de setenta y cuatro años, aceleraba rápidamente su muerte con escenas de libertinaje en Capri; Poncio Pilato perseguía a los judíos con una furia redoblada mientras que, en Egipto, los

sacerdotes habían dado a entender que el Fénix²³ estaba a punto de renacer de sus cenizas.

Jesús sintió la llamada profética con redoblada intensidad dentro de su alma, aunque todavía estaba siguiendo su camino, acudió también al desierto del Jordán acompañado por algunos esenios que ya lo reconocían como maestro. Deseaba ver al Bautista, escuchar su mensaje y ser bautizado en público. Su deseo era presentarse con una actitud humilde y respetuosa hacia el profeta que tenía el coraje de denunciar a los gobernantes actuales y despertar del sueño el alma de Israel.

Vio al áspero asceta, peludo y barbudo, con su profética cabeza de león de pie en un púlpito de madera bajo una rústica tienda cubierta de ramas y pieles de cabra. Alrededor, entre los escasos arbustos del desierto, había una gran multitud, un campamento entero: publicanos, soldados de Herodes, samaritanos, levitas de Jerusalén; idumeos con sus rebaños de ovejas, incluso árabes con sus camellos, tiendas y caravanas atrapados por «la voz que clama en el desierto», y esta voz tronó por encima de estas multitudes. Decía: «Arrepentíos, preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos». Llamó a los fariseos y escribas «una raza de víboras». Añadió que «el hacha ya estaba puesta a la raíz de los árboles», y dijo del Mesías: «Yo os bautizo solo con agua, pero Él os bautizará con fuego». Luego, al atardecer, vio a la muchedumbre empujarse hacia una cala en la orilla del agua y los mercenarios de Herodes

doblaron sus ásperas espaldas bajo el agua vertida sobre ellos por el Bautista. Se acercó. Juan no conocía a Jesús, no sabía nada de él, pero reconoció al esenio por su vestimenta de lino. Lo vio como uno más entre la multitud entrar en el agua hasta la cintura y, humildemente, inclinarse para recibir el bautismo. Cuando el neófito se levantó, los ojos del predicador se encontraron con la mirada tranquila y gentil del galileo. Un estremecimiento recorrió al hombre del desierto al ver la mirada de maravillosa dulzura que emanaba de los ojos de Jesús, e involuntariamente la pregunta se le escapó de los labios: «¿Eres tú el Mesías?»²⁴.

El misterioso esenio no respondió, pero con la cabeza inclinada y las manos cruzadas esperó la bendición. Juan sabía que el silencio era la ley de los novicios esenios. Después de extender solemnemente ambas manos el nazareno desapareció con sus compañeros entre los juncos de agua.

El Bautista lo vio partir con sentimientos mezclados de duda, alegría secreta y profunda tristeza. ¿Cuánto valía su propio conocimiento, su esperanza profética comparada con la luz que había visto en los ojos de lo desconocido, una luz que parecía iluminar todo su ser? ¡Ah! Si el apuesto joven galileo era el Mesías, ¡entonces sí que era el día más brillante de su vida! Pero su propia parte ya habría terminado, su propia voz sería silenciada. Desde ese día predicó en tonos más profundos y

emotivos sobre el tema de la melancolía: «Él debe aumentar y yo debo disminuir». Empezaba a sentir la penumbra y el cansancio de un viejo león cansado de rugir y ahora esperaba en silencio el final.

¿Podría ser que fuera el Mesías? La pregunta del Bautista encontró eco en el alma de Jesús. Desde que su conciencia había cobrado vida había encontrado a Dios dentro de sí mismo y la certeza del reino de los cielos en la radiante belleza de sus visiones. Luego vino el sufrimiento de la humanidad que había llenado su corazón con el terrible flujo de su angustia. Los sabios esenios le habían enseñado el secreto de las religiones y de los misterios, le habían mostrado la decadencia espiritual de la humanidad y su expectativa de un salvador. ¿Pero cómo podía encontrar la fuerza necesaria para rescatar a la humanidad? Y ahora, la llamada directa de Juan el Bautista cayó en el silencio de sus meditaciones como un rayo del Sinaí. ¿Podría ser el Mesías?

Jesús solo podía responder a esta pregunta mediante la meditación interna. De ahí este retiro, este ayuno de cuarenta días, narrado por Mateo en forma de una leyenda simbólica. La Tentación en realidad representa en la vida de Jesús esta gran crisis, esta visión soberana de la verdad que todos los profetas, todos los iniciados religiosos, deben experimentar infaliblemente antes de comenzar su trabajo.

Por encima de Ein Gueddi, donde los esenios cultivaban el sésamo y la vid, un empinado sendero conducía a una cueva o gruta que se abría en la ladera de la montaña. Se entraba por medio de columnas dóricas cortadas en la roca áspera, similares a las del retiro de los «apóstoles» en el valle de Jehosophat. Allí uno permanecía suspendido sobre el bostezo del precipicio como si fuera un nido de águila. Abajo, en un desfiladero, se podían ver viñedos y viviendas, a lo lejos, el Mar Muerto inmóvil y gris y las solitarias montañas de Moab. Los esenios habían reservado este retiro para aquellos que quisieran someterse a la prueba de la soledad. En este lugar había varios rollos de los profetas, especias fortalecedoras, higos secos y un pequeño chorro de agua corriente, único alimento del asceta en la meditación. Fue a esta cueva a la que Jesús se retiró. En primer lugar repasó mentalmente toda la vida pasada de la humanidad y estimó la gravedad de los tiempos presentes. Roma ostentaba el poder soberano y con ella lo que los magos persas habían llamado el reino de Ahrimanes, y los profetas el reino de Satanás, el signo de la Bestia, la apoteosis del Mal. La oscuridad cubrió a la humanidad, el alma de la tierra.

El pueblo de Israel había recibido de Moisés la misión real y sacerdotal de representar la religión masculina del Padre del espíritu puro, de enseñarla a otras naciones y de realizar su triunfo. ¿Habían cumplido sus reyes y profetas con esta misión? Los

profetas, que eran los únicos conscientes de ello, respondieron unánimemente: ¡No! Israel daba sus últimos coletazos aplastado bajo el poderío de Roma. ¿Debía arriesgarse una vez más un levantamiento del pueblo como aún esperaban los fariseos; una restauración por la fuerza de la realeza temporal de Israel? ¿Debería declararse hijo de David y exclamar con Isaías: «Con mi ira pisotearé al pueblo... y derribaré su poderío?». ¿Debería ser un segundo macabeo, y permitirse ser nombrado pontífice-rey? Jesús podría haber hecho el intento. Había visto a la multitud lista para levantarse a la orden de Juan el Bautista y la fuerza de la que él mismo era consciente era mucho mayor que la del profeta del desierto. Pero entonces, ¿la violencia superaría a la violencia? ¿Pondría la espada fin al gobierno por la espada? ¿No habría así nuevos reclutas para los poderes de las tinieblas que estaban observando a su presa en secreto?

¿No debería más bien poner al alcance de toda la humanidad esta verdad que hasta ahora había permanecido como el privilegio de unos pocos santuarios e iniciados, abrir todo corazón para recibirla hasta que llegara el momento de que penetrara en la mente por medio de la revelación interior y la ciencia, es decir, predicar el reino de los cielos a los pobres y humildes, sustituir el reino de la Gracia por el de la ley, transformar la humanidad desde su base misma por medio de la regeneración de las almas?

Pero, ¿a quién pertenecería la victoria, a Satanás o a Dios? ¿Al espíritu del mal que reina con los formidables poderes de la tierra, o al espíritu divino que está entronizado sobre las regiones invisibles del cielo y duerme en el corazón del hombre como la chispa se esconde en el pedernal? ¿Cuál sería el destino del profeta que se atreviera a arrancar el velo del templo y a poner al descubierto el vacío del santuario desafiando asó a Herodes y a César?

¡Y aún así debe hacerse! La voz interior no le dijo lo mismo que a Isaías: «¡Toma un gran volumen y escribe en él con una pluma de hombre!». La voz de Dios le dijo: «¡Levántate y habla!». Hay que encontrar la palabra de la vida, la fe que arranca montañas, la fuerza que rompe los baluartes del mal.

Jesús comenzó a rezar fervientemente. Entonces un sentimiento de intranquilidad, un creciente problema se apoderó de su alma. Tuvo la sensación de que estaba perdiendo la maravillosa felicidad de la que había participado y que se estaba hundiendo en un pozo de oscuridad. Una densa y negra niebla se apoderó de él, poblada de fantasmas de todo tipo. Lo reconoció a sus hermanos, a sus maestros esenios, a su madre. Uno tras otro le dijeron: «¡Es una locura que deseas lo que nunca puede ser! ¡No sabes lo que tienes delante! ¡Renuncia a todo!». La invencible voz interior respondió: «¡Debo seguir adelante!». Así luchó durante días y noches, a veces de pie, a veces de rodillas o postrado en el

suelo. El abismo en el que se hundía se hacía cada vez más profundo y la niebla más espesa. Se sentía como si se estuviera acercando a algo inexplicablemente terrible.

Finalmente entró en ese estado de éxtasis lúcido en el que la profundidad misma de la conciencia despierta, entra en comunicación con el espíritu vivo de las cosas y proyecta en sueños las imágenes del pasado y del futuro. Sus ojos se cierran, y el mundo exterior desaparece. El vidente contempla la verdad en la luz que inunda todo su ser y convierte su inteligencia en un crisol ardiente.

Después llegó el choque de los truenos. La montaña tembló hasta sus cimientos. Un torbellino procedente del espacio lejano llevó al vidente a la cima del templo de Jerusalén. Abajo brillaban los tejados y minaretes como un bosque de oro y plata. Los himnos ascendían desde el santuario, olas de incienso surgían de cada altar y se formaban círculos de remolino bajo sus pies. La gente con vestimenta festiva llenaba los pórticos mientras que las mujeres cantaban alegremente al aire sus himnos de llenos de devoción. Sonaron las trompetas y un poderoso coro de voces exclamó: «¡Gloria al Mesías! ¡Rey El de Israel!». «Tú serás este Rey si me adoras», dijo una voz desde abajo. «¿Quién eres?». preguntó Jesús.

Una vez más el viento lo llevó a través del espacio hasta la cima de una montaña. A sus pies yacían, en su dorada gloria, todos los reinos de la tierra.

«Soy el rey de los espíritus y el príncipe de la tierra», respondió la voz de abajo... «Sé quién eres», dijo Jesús, «tus formas son innumerables, tu nombre es Satanás». Aparece en tu forma terrenal». Apareció la figura de un monarca coronado, entronizado en las nubes. Alrededor de su cabeza imperial brillaba un halo débil y pálido. La sombría figura se destacaba sobre un nimbo rojo sangre, con su pálido y espantoso rostro, y sus ojos destellando una fría luz de acero. Dijo: «Soy César. Inclínate ante mí y te daré todos estos reinos». Jesús le dijo: «¡Ponte detrás de mí, tentador! Está escrito: Solo adorarás al Señor, tu Dios». Inmediatamente la visión se desvaneció.

Al encontrarse solo en la cueva de Ein Gueddi, Jesús dijo: «¿Bajo qué signo debo vencer a los poderes de la tierra?». «...bajo el signo del hijo del hombre», dijo una voz desde arriba. «Muéstrame esta señal», dijo Jesús.

En el horizonte apareció una constelación brillante, cuatro estrellas que definían una cruz. El galileo reconoció el signo de las antiguas iniciaciones conocidas en Egipto y preservadas por los esenios. Cuando el mundo era joven, los hijos de Jafet lo adoraban como el signo del fuego terrenal y celestial, el signo de la vida con todas sus alegrías, del amor con todas sus maravillas. Más tarde los iniciados egipcios habían visto en ella el símbolo del gran misterio, la Trinidad dominada por la Unidad, la imagen del sacrificio del Ser Inefable que se quiebra para manifestarse

en el universo. Símbolo a la vez de la vida, la muerte y la resurrección, cubrió innumerables sepulcros, templos y tumbas... La brillante cruz creció y se acercó, como atraída por el corazón del vidente. Las cuatro estrellas vivas brillaban como soles de luz y gloria. «¡Contemplad el signo mágico de la vida y la inmortalidad!», dijo la voz celestial. «En la antigüedad estaba en posesión de los hombres, ahora se ha perdido. ¿Se lo devolverás?». «¡Contempla tu destino!».

De repente, las cuatro estrellas desaparecieron. Era de noche; fuertes truenos sacudieron las montañas hasta sus cimientos; mientras que de las profundidades del Mar Muerto emergió una montaña oscura y sombría coronada por una cruz negra. En ella fue crucificado un hombre en la agonía de la muerte. La montaña estaba cubierta por una multitud golpeada por el demonio, que gritaba abucheos infernales: «¡Si eres el Mesías, sálvate a ti mismo!».

El vidente abrió bien los ojos y luego cayó hacia atrás, con gotas frías de sudor cayendo por su cara, porque este hombre crucificado era él mismo... Por fin lo había entendido. Para vencer debe identificarse con esta imagen aterradora convocada por él mismo y puesta allí ante él como un mal augurio. Temblando en su incertidumbre sobre el vacío del espacio infinito, Jesús sintió al mismo tiempo las torturas del crucificado, los insultos de los hombres y el profundo silencio del cielo... «Puedes aceptarlo o rechazarlo», dijo la voz angelical. La

visión del fantasma de la cruz y de la víctima crucificada comenzó a oscurecerse cuando, de repente, Jesús vio de nuevo a su lado a los enfermos del estanque de Siloé, y detrás de ellos miríadas de almas desesperadas murmurando con las manos juntas: «Sin ti estamos perdidos; ¡sálvanos, tú que sabes amar!». Entonces el galileo se levantó lentamente, y con los brazos extendidos, en actitud de supremo amor, exclamó: «¡Que la cruz sea una conmigo! ¡Que el mundo conozca la salvación!». Inmediatamente Jesús sintió un poderoso desgarramiento en su cuerpo y un terrible gemido se escapó de sus labios... Al mismo tiempo la oscura y sombría montaña y la cruz se desvanecieron, un suave rayo radiante de divina felicidad entró en el alma del vidente y desde las alturas del cielo una voz descendió diciendo: «¡Satanás ya no es el amo! ¡La muerte ha sido derrotada! ¡Gloria al hijo del hombre! ¡Gloria al hijo de Dios!».

Cuando Jesús despertó de esta visión nada había cambiado a su alrededor; el sol naciente arrojó sus rayos dorados a los lados de la cueva de Ein Gueddi; gotas de rocío calmantes —lágrimas verdaderas de amor angelical— bañaron sus pies magullados y ligeras nubes de niebla se elevaban desde el Mar Rojo. Ya no era el mismo. Un acontecimiento definitivo había tenido lugar en las profundidades insondables de su conciencia, había resuelto el problema de la vida y había ganado la paz, una gran certeza había penetrado en su alma.

Del rechazo de su ser terrenal, que había pisoteado y arrojado a la fosa, había surgido una nueva conciencia de majestad radiante... Sabía que se había convertido en el Mesías por un acto irrevocable de su voluntad.

Poco después, volvió a bajar al pueblo de los esenios, donde se enteró de que Juan el Bautista acababa de ser capturado por Antipas y encarcelado en la fortaleza de Makerous. Lejos de mostrar temor ante este presagio, vio en ello una señal de que había llegado el momento y que debía actuar. En consecuencia, dio a los esenios que estaba a punto de predicar en Galilea, «el evangelio del reino de los cielos». Eso significaba, poner los grandes misterios al alcance de los pobres y humildes, traducir para ellos la doctrina de los iniciados, algo sin precedentes desde los días en que Cakia Mouni, el último Buda, movido por una poderosa compasión, había predicado a orillas del Ganges. La misma sublime compasión por la humanidad animaba a Jesús. A ella unió la iluminación interior, la capacidad de amar, la grandeza de la fe y la energía de acción que solo le pertenecía a él. Desde el abismo de la muerte, cuya amargura había probado de antemano, trajo la esperanza y la vida para todos sus hermanos.

CAPÍTULO IV

LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

INSTRUCCIÓN POPULAR Y ESOTÉRICA MILAGROS - APÓSTOLES - MUJERES

Hasta ahora me he esforzado por iluminar con su propia luz la parte de la vida de Jesús que los Evangelios han dejado en la oscuridad o envuelta con el velo de la leyenda. He relatado por qué tipo de iniciación y desarrollo del alma y el pensamiento el gran nazareo alcanzó la conciencia mesiánica. En una palabra, me he esforzado por reconstruir la génesis interna de Cristo. El resto de mi trabajo será más fácil de comprender si esta génesis es conocida. La vida pública de Jesús ha

sido relatada en los Evangelios. Estas narraciones contienen divergencias y contradicciones, así como añadidos. La leyenda que cubre o exagera ciertos misterios puede ser rastreada aquí y allá, pero del todo se libera tal unidad de pensamiento y acción, un personaje tan poderoso y original que nos hace sentir en presencia de la realidad y de la vida. Estas historias inimitables no pueden ser reconstruidas; su simplicidad infantil y su belleza simbólica nos dicen más de lo que cualquier amplificación puede hacer. Pero lo que se necesita hoy en día es la iluminación del papel de Jesús por las tradiciones y verdades esotéricas, mostrando el significado y el porte de su doble enseñanza.

¿Cuáles eran esas buenas noticias de las que era portador este ya famoso esenio que ahora había regresado de las costas del Mar Muerto a su Galilea natal para predicar allí el Evangelio? ¿Cómo iba a cambiar la faz del mundo? Los deseos de los profetas acababan de encontrar su culminación en él. Poderoso en todo su ser vino a compartir con los hombres este reino de los cielos que había ganado en la meditación y en las luchas, en los tormentos de dolor y en la alegría sin límites. Vino a rasgar el velo que la antigua religión de Moisés había echado sobre el futuro más allá de la tumba. Vino a decir: «Cree, ama, actúa, y deja que la esperanza sea el alma de tus actos. Más allá de esta tierra hay un mundo de almas, una vida más perfecta. Esto lo sé, porque de allí vengo; allí te guiaré. Pero la mera aspiración a

ese mundo no será suficiente. Para alcanzarlo debéis comenzar por realizarlo aquí abajo, primero en vosotros mismos, después en la humanidad. ¿Por qué medios? Por el amor y la caridad activa».

Así que el joven profeta vino a Galilea. No dijo que era el Mesías, sino que discutió en las sinagogas sobre las leyes y los profetas. Predicó a orillas del lago de Genesaret, en barcas de pescadores, junto a las fuentes, en los oasis de verdor que abundan entre Cafarnaúm, Betsaida y Corazín. Curaba a los enfermos con la imposición de manos, una simple mirada o una orden, a menudo con su sola presencia. Multitudes le seguían y ya numerosos discípulos se unían a él. A éstos los reclutaba de entre los pescadores, recaudadores de impuestos, de la gente común, en una palabra. Aquellos de naturaleza recta, inmaculada, poseedores de una arraigada fe eran los que él quería y los atraía irresistiblemente hacia él. Se guio en su elección por ese don de la segunda vista, que siempre ha sido la peculiaridad de los hombres de acción, pero especialmente de los iniciadores religiosos. Una sola mirada le permitió comprender las profundidades del alma. No necesitaba otra prueba y cuando dijo: «¡Seguidme!». Se le obedeció. Un solo gesto convocó a su lado a los tímidos y vacilantes a los que dijo: «Venid a mí, vosotros que estáis cargados y os daré descanso. Llevad mi fe con vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras

almas. Porque mi fe es sencilla y mi carga es ligera».²⁵ Adivinó los pensamientos innatos de los hombres que en sus problemas y su confusión reconocieron al Maestro. A veces reconocía en la incredulidad la rectitud de corazón. Cuando Bartolomé dijo: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?». Jesús respondió: «¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!». De sus adeptos no requería ni juramentos ni profesión de la fe; simplemente amor y creencia en sí mismos. Puso en práctica la posesión común de bienes como principio de fraternidad entre los suyos.

Así, Jesús comenzó a darse cuenta, dentro de su pequeño grupo de seguidores, del reino de los cielos que deseaba establecer en la tierra. El Sermón de la Montaña nos ofrece una imagen de este reino que ya empezaba a germinar junto con un resumen de la enseñanza popular de Jesús. Está sentado en la cima de una colina; los futuros iniciados se agrupan a sus pies; más abajo la multitud ansiosa bebe las palabras que caen de su boca. ¿Cuál es la doctrina del nuevo maestro? ¿Ayuno o maceración o penitencia pública? No; dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Luego desarrolla en orden ascendente las cuatro últimas bienaventuranzas, el maravilloso poder de la humildad, del dolor por los demás, de la bondad interior del corazón y del hambre y la

sed de rectitud... Luego, con metáforas brillantes representa las virtudes, la compasión, la pureza de corazón, la bondad y, finalmente, el martirio por la rectitud. «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios». Como el sonido de una campana de oro, esta promesa da a sus oyentes un débil vistazo de los cielos estrellados sobre la cabeza del Maestro. Entonces ven las humildes virtudes, ya no bajo la apariencia de pobres demacrados con grises túnicas de penitentes, sino transformadas en bienaventuranzas, en vírgenes de luz cuyo brillo borra el esplendor de los lirios y la gloria de Salomón. Con el suave aliento de sus hojas de palma esparcen sobre estas almas sedientas los perfumes fragantes del reino celestial.

La maravilla es que este reino se expande, no en los cielos lejanos, sino en los corazones de los oyentes. Intercambian miradas de asombro entre ellos; estos pobres de espíritu se han vuelto, de repente, ricos. Más poderoso que Moisés, el mago del alma ha golpeado sus corazones, de los cuales brota un manantial inmortal de vida. Su enseñanza al pueblo puede resumirse en la frase: ¡El reino de los cielos está dentro de ti! Ahora que pone ante ellos los medios necesarios para alcanzar esta inaudita felicidad ya no se asombran de las cosas extraordinarias que les pide: matar hasta el deseo del mal, perdonar las ofensas, amar a sus enemigos. Tan poderosa es la corriente de amor con la que su corazón se desborda.

Que los conduce a lo largo del río. En su presencia encuentran todo fácil. Poderosa y singular resulta la audacia de tal enseñanza. El profeta galileo pone la vida interior del alma por encima de todas las prácticas externas, lo invisible por encima de lo visible, el reino de los cielos por encima de los beneficios de la tierra. Él ordena que la elección se haga entre Dios y el hombre. Luego, resumiendo su doctrina, dice: «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!... ¡Sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo!». Así, en medio del clamor popular, dio un vistazo a toda la profundidad de la ciencia y la moral. Porque el mandamiento supremo de la iniciación es reproducir la perfección divina en el perfeccionamiento del alma y el secreto de la ciencia reside en la cadena de analogías y correspondencias, uniendo en círculos cada vez más amplios lo particular con lo universal, lo finito con lo infinito.

Si tal fue la enseñanza pública y puramente moral de Jesús es evidente que además dio instrucción privada a sus discípulos, paralela y explicativa de la primera, mostrando su significado interior y penetrando hasta las profundidades de la verdad espiritual que sostenía de las tradiciones esotéricas de los esenios y de su propia existencia. Como esta tradición fue violentamente aplastada por la Iglesia a partir del siglo II la mayoría de los teólogos ya no conocían el verdadero sentido de las palabras de Cristo con sus significados a veces dobles y triples,

y no veían más que el significado primario y literal. Para los que estudiaron profundamente la doctrina de los misterios en la India, Egipto y Grecia, el pensamiento esotérico de Cristo anima cada acto de su vida. Débilmente perceptible en los tres Sinópticos, se evidencia completamente en el Evangelio de Juan. Aquí se puede decir que un ejemplo que toca un punto esencial de la doctrina de Jesús pasa por Jerusalén.

Aún no está predicando en el templo, aunque cura a los enfermos y da instrucciones a sus amigos. La obra de amor debe preparar el terreno en el que la semilla crecerá. Nicodemo, un fariseo erudito, había oído hablar del nuevo profeta. Lleno de curiosidad, aunque sin comprometerse a los ojos de su secta, solicita al galileo una entrevista secreta, que le es concedida.

El fariseo llama a su casa por la noche y le dice: «Rabino, sabemos que eres un maestro venido de Dios, porque nadie puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no está con él». Jesús respondió: «En verdad te digo que si un hombre no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios». Nicodemo pregunta si es posible que un hombre entre por segunda vez en el vientre de su madre y nazca. Jesús respondió: «En verdad te digo que si el hombre no nace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios».²⁶

Bajo esta forma evidentemente simbólica Jesús resume la antigua doctrina de la regeneración ya conocida en los misterios de Egipto. Nacer de

nuevo del agua y del espíritu, ser bautizado por el agua y por el fuego, marcan dos grados de iniciación, dos etapas del desarrollo interior y espiritual del hombre. El agua representa aquí la verdad percibida intelectualmente, es decir, de manera abstracta y general. Purifica el alma y desarrolla su germen espiritual.

El nuevo nacimiento por el espíritu o el bautismo por fuego (celestial), significa la asimilación de la verdad por la voluntad, de tal manera que puede convertirse en la sangre y la vida, el alma misma de cada acción. De ello resulta la victoria completa del espíritu sobre la materia, la maestría absoluta del alma espiritualizada sobre el cuerpo transformado en un instrumento dócil; una maestría que despierta sus facultades dormidas, abre su sentido interior y le da una visión intuitiva de la verdad y una acción directa del alma sobre la propia alma. Este estado es equivalente al celestial que Jesucristo llamó el Reino de Dios. El bautismo por el agua o la iniciación intelectual es, por consiguiente, el primer paso del renacimiento; el bautismo por el espíritu es un renacimiento total, una transformación del alma por el fuego de la inteligencia y de la voluntad y, por tanto y en cierta medida, de los elementos del cuerpo, en una palabra, una regeneración radical. De esto provienen los dones excepcionales que da al hombre.

Este es el significado terrenal de la conversación eminentemente teosófica entre Nicodemo y Jesús.

Hay también un significado especial que podría resumirse como la doctrina esotérica sobre la constitución del hombre. Según esta doctrina, el hombre es triple: cuerpo, alma y espíritu. Tiene una parte inmortal e indivisible, el espíritu; una parte perecedera y divisible, el cuerpo. El alma que une a los dos comparte la naturaleza de ambos. El organismo vivo posee un cuerpo etéreo y fluido, similar al cuerpo material que, de no ser por este doble invisible, no tendría ni vida, ni movimiento, ni unidad. En función de la manera en que el hombre obedece a la voluntad del espíritu o a los impulsos del cuerpo, según como se adhiere a uno u otro, el cuerpo se vuelve etéreo o se aletarga; se unifica o se desagrega. Sucede pues que, después de la muerte física, la mayoría de los hombres tienen que someterse a una segunda muerte del alma, que consiste en desprenderse de los elementos impuros de su cuerpo astral, sufriendo a veces incluso su lenta descomposición; mientras que el hombre completamente regenerado, habiendo formado en esta tierra su cuerpo espiritual, posee su cielo en sí mismo y entra en la región a la que le atrae su afinidad... Ahora bien, el agua, en el esoterismo antiguo, simboliza la materia fluida que es infinitamente transformable así como el fuego que simboliza al espíritu. Al hablar de renacimiento por el agua y el espíritu, el Cristo hace alusión a esa doble transformación de su cuerpo espiritual, su envoltura fluida que espera al hombre después de la muerte y sin la cual no

puede entrar en el reino de las almas superiores y los espíritus purificados. Porque «lo que nace de la carne es carne (es decir, encadenada y perecedera), y lo que nace del espíritu es espíritu (es decir, libre e inmortal)». «No te maravilles de que te diga que tienes que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere y tú oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo aquel que nace del espíritu».²⁷

Así habló Jesús a Nicodemo en el silencio de la noche en Jerusalén. Una pequeña lámpara colocada entre los dos iluminaba tenuemente sus formas vagas e inciertas. Pero los ojos del maestro galileo brillan con un misterioso resplandor a través de la oscuridad. ¿Cómo podría uno ayudar a creer en el alma al mirar en esos ojos ahora resplandecientes, ahora liberando destellos de la gloria del cielo? El fariseo erudito ha visto desmoronarse su conocimiento de los textos de las Escrituras, pero entonces obtiene un atisbo de un nuevo mundo. Ha visto una luz divina en el rostro del profeta cuyo largo cabello castaño cae sobre sus hombros. Ha sentido el poderoso calor que emana de su ser y que le atrae hacia el Maestro. Ha visto pequeñas llamas blancas como un halo magnético aparecer y desaparecer alrededor de su frente y sienes. Y luego se ha imaginado que ha sentido el aliento del espíritu pasar sobre su corazón. Movido a lo más profundo de su alma, Nicodemo regresó secretamente en el silencio de la noche a su casa.

Seguirá viviendo entre los fariseos, pero en el secreto de su corazón permanecerá fiel a Jesús.

Fijémonos en un punto más importante en esta enseñanza. Según la doctrina materialista el alma es un derivado efímero y accidental de las fuerzas del cuerpo; en la doctrina espiritista ordinaria es algo abstracto, sin ningún vínculo concebible con el cuerpo; en la doctrina esotérica —la única racional— el cuerpo físico es un producto del trabajo incesante del alma, que actúa sobre él como un cuerpo astral, así como el universo visible es solo un dinamismo del Espíritu infinito. Esta es la razón por la que Jesús le da esta doctrina a Nicodemo como explicación de los milagros que realiza. En efecto, puede servir como una clave para el arte curativo oculto, practicado por él y por un pequeño número de adeptos y santos antes y después de Cristo. La medicina ordinaria combate los males del cuerpo actuando sobre éste. El adepto o santo, siendo un centro de fuerza espiritual y fluida, actúa directamente sobre el alma del paciente y de manera astral sobre su cuerpo físico. Ocurre así en todas las curas magnéticas; Jesús opera por medio de las fuerzas existentes en todos los hombres, pero además también lo hace en grandes grupos por medio de proyecciones poderosas y concentradas. Él da a los Escribas y a los Fariseos su poder de curar los cuerpos como prueba de su capacidad para perdonar y curar el alma que es su último objetivo. La cura física se convierte así en la contra-prueba de una cura moral que le permite

decir al hombre completo: «¡Levántate y camina!». La ciencia de hoy trata de explicar el fenómeno que los antiguos y los medievales llamaban «posesión» como un simple desorden nervioso. La explicación es insuficiente. Los psicólogos que intentan penetrar más profundamente en el misterio del alma ven en ella una duplicación de la conciencia, una irrupción de su parte latente. Esta pregunta toca los diferentes planos de la conciencia humana que actúan tanto en uno mismo como en otros, el juego cambiante que se estudia en diferentes condiciones sonámbulas. También toca el mundo sensible. En cualquier caso, es cierto que Jesús tuvo la facultad de restablecer el equilibrio en los cuerpos perdidos y devolver a las almas a su más pura conciencia. «La verdadera magia», dijo Plotino, «la representan el amor y su contrario, el odio. Es gracias al amor y al odio que los magos actúan a través de sus conjuros y encantamientos». El amor en su más alta conciencia y su poder supremo constituía la magia de Cristo.

Numerosos discípulos participaron en su enseñanza interior. Sin embargo, para dar un poder duradero a la nueva religión, se necesitaba un grupo activo de elegidos que se convirtieran en los pilares del templo espiritual que deseaba erigir sobre el otro: de ahí la instauración de los apóstoles. Estos no los eligió entre los esenios, ya que necesitaba hombres de naturaleza vigorosa y espíritu joven, para implantar su religión en el corazón mismo del pueblo. Dos grupos de

hermanos, Simón Pedro y Andrés, hijos de Jonás, por un lado; Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, por otro. Los cuatro pescadores por profesión y pertenecientes a familias respetables formaron los primeros apóstoles. Al principio de su carrera, Jesús se les aparece en Cafarnaúm, junto al lago de Genesaret, donde se dedicaban a sus labores cotidianos. Se une a ellos y convierte a toda la familia. Pedro y Juan se destacan como figuras prominentes entre los doce... Pedro, recto y estrecho de miras, fácilmente influenciado por la esperanza o el desánimo, pero al mismo tiempo un hombre de acción, capaz, por su carácter enérgico y su fe absoluta, de guiar a los demás... Juan, de naturaleza profundamente oculta, entusiasta hasta tal punto que Jesús lo llamó «el hijo del trueno», su alma siempre concentrada en sí misma. Por disposición melancólica y dado a la ensoñación aunque sujeto a formidables arrebatos y visiones apocalípticas. La amabilidad de su alma a pesar de todo esto era tal que el resto nunca sospechó y solo el Maestro lo sabía. Solo Juan, silencioso y contemplativo será capaz de comprender el pensamiento más íntimo de Cristo. Será el evangelista del amor y de la inteligencia divina, el apóstol esotérico por excelencia.

Persuadidos por sus palabras, convencidos por sus actos, dominados por su poderosa inteligencia y, rodeados de su único atractivo, los apóstoles siguieron al Maestro de pueblo en pueblo. La predicación a la población se alternaba con la

instrucción secreta mientras él compartía gradualmente sus pensamientos con ellos. Sin embargo, aún mantenía un profundo silencio sobre sí mismo, sobre su propio futuro. Les había dicho que el reino de los cielos estaba cerca, que el Mesías vendría pronto. Los apóstoles ya se susurraban unos a otros: «¡Es él!». y lo repetían a los demás. Pero Jesús, con gentil dignidad, simplemente se llamó a sí mismo «El Hijo del Hombre», una expresión cuyo significado esotérico no entendieron en ese momento, aunque en su boca parecía significar «mensajero de la humanidad doliente». Porque añadió, «los zorros tienen sus agujeros, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza». De acuerdo con la idea popular judía los apóstoles habían considerado hasta entonces al Mesías interpretando el reino de los cielos como un gobierno político del que Jesús sería el rey coronado y ellos los ministros. Para combatir esta idea y transformarla radicalmente se fue revelando a los apóstoles como el verdadero Mesías y les transmitió la idea de pureza espiritual a través de la verdad sublime que él llamaba Padre y de la fuerza suprema que él llamaba Espíritu que unía misteriosamente todas las almas. Para mostrarles a través de estas dos entidades, vida y muerte, al verdadero Hijo de Dios; para dejarles la convicción de que ellos y todos los hombres eran sus hermanos y podían reunirse con él si lo deseaban y, finalmente, para dejarlos solo después de abrir a sus anhelantes ojos toda la inmensidad

del cielo. Esta era la grandiosa obra que Jesús había comenzado con sus apóstoles. «¿Creerán o no creerán?». es la cuestión del drama que se juega entre ellos y él. Otra pregunta mucho más conmovedora y terrible es la que se hace en las profundidades de su propia conciencia. A esto pronto prestaremos nuestra atención.

En aquellos momentos una ola de alegría abrumó el trágico pensamiento en la conciencia de Cristo. La tempestad aún no ha estallado sobre el lago de Tiberíades. Es la primavera galilea del Evangelio, el amanecer del reino de Dios, la unión mística del iniciado con su familia espiritual que le sigue y viaja con él. Los creyentes se apresuran a seguir los pasos del amado Maestro a orillas del lago azul encerrado en las relucientes colinas como si de un cuenco de oro se tratase. Van desde las fragantes orillas de Cafarnaúm hasta los naranjales de Betsaida y el montañoso Corazín donde el lago de Genesaret está rodeado de palmeras que ofrecen sombra a los visitantes. En esta procesión las mujeres ocupan un lugar aparte. El Maestro está siempre rodeado de las madres o hermanas de sus discípulos, por vírgenes tímidas o por Magdalenas arrepentidas. Atentas y fieles, impulsadas por un amor apasionado, esparcen a lo largo de su camino flores eternas de la tristeza y la esperanza. No necesitan ninguna prueba de que él es el Mesías: una sola mirada a su rostro es suficiente. La maravillosa felicidad que emana, sumada a la nota de sufrimiento divino no expresado que sienten

instintivamente, les persuade de que es el Hijo de Dios. Jesús había sofocado tempranamente en sí mismo el grito de la carne; durante su estancia entre los esenios había domado la fuerza de los sentidos. Esto le había dado un poder sobre las almas y la capacidad divina del perdón, una verdadera dicha angelical. Le dice ahora a la mujer pecadora con el pelo revuelto arrodillada a los pies del Maestro y sobre la que vierte el precioso ungüento: «¡Mucho te será perdonado, porque has amado mucho!». Pensamiento sublime que contiene una redención completa, porque el perdón libera.

Cristo es el liberador y restaurador de la mujer, a pesar de San Pablo y los padres de la Iglesia que, al rebajar a la mujer al papel de sierva del hombre, han interpretado erróneamente el pensamiento del Maestro. Ella había sido glorificada en tiempos védicos; Buda desconfiaba de ella, Cristo la resucitó restaurando su misión de amor y adivinación. La mujer iniciada representa el alma de la humanidad; Aisha, como Moisés la había llamado, es decir, el poder de la intuición; la facultad de amar y ver. La impetuosa María Magdalena de la que, según la expresión bíblica, Jesús había expulsado a siete demonios se convirtió en la más devota de sus discípulos. Ella fue quien primero, según San Juan, vio al divino Maestro, el Cristo espiritual resucitado de la tumba. La leyenda se ha empeñado obstinadamente en ver en la mujer creyente apasionada a la mayor

adoradora de Jesús, la iniciada en el corazón, y la leyenda no se ha equivocado, ya que su historia representa toda la regeneración de la mujer tal como la deseaba Cristo.

Fue en la granja de Betania, cerca de Marta y María Magdalena, donde a Jesús le gustaba descansar de las labores de su misión, y prepararse para las pruebas supremas. Allí prodigó sus más tiernas palabras de consuelo, y en un dulce discurso habló de los divinos misterios que aún no se atrevía a confiar a sus discípulos. A veces, mientras el sol se ponía en el dorado horizonte del oeste, medio escondido en las ramas de los olivares, Jesús se giraba, pensativo, y un velo cubría su rostro iluminado. Pensó en las dificultades de su trabajo, en la fe incierta de los apóstoles, en los poderes hostiles del mundo. El templo, Jerusalén, la propia humanidad con su crimen e ingratitud, todo parecía abrumarlo y sepultarlo bajo una montaña viviente.

¿Sus brazos abiertos al cielo serían lo suficientemente fuertes como para convertir esta montaña en polvo? ¿O él mismo sería aplastado bajo su gran peso? También habló vagamente de la terrible prueba que le esperaba y lo mismo hizo con su próximo final. Aturdidas por su tono solemne las mujeres no se atrevieron a cuestionarlo. Por inalterable que fuera la serenidad de alma del Maestro comprendieron que era como si estuviera envuelto en un sudario de una tristeza indescriptible que lo separaba de las alegrías de la

tierra. Presentaron el destino del profeta, sintieron su invencible poder de resolución. ¿Cuál era el significado de esas nubes sombrías que surgían de Jerusalén? ¿Por qué ese viento que arrastraba fiebre y muerte pasaba sobre sus corazones como sobre las colinas marchitas de Judea con sus matices cadavéricos de color violeta? Una noche, una estrella del misterio, una lágrima brilló en los ojos de Jesús. Un escalofrío atravesó las almas de las mujeres, sus lágrimas también fluyeron en silencio. Se lamentaban por él, ¡él se lamentaba por toda la humanidad!

CAPÍTULO V

LUCHA CON LOS FARISEOS ESCAPE A ESAREA LA TRANSFIGURACIÓN

Esta primavera galilea, durante la cual el amanecer del reino de los cielos parecía elevarse sobre las atentas multitudes duró dos años. Sin embargo, el cielo se oscureció, aparecieron destellos siniestros, precursores de la catástrofe. La tormenta estalló sobre la pequeña familia de Galilea como una de esas tempestades que barren el lago de Genesaret y en su furia salvaje engullen las frágiles barcas de los pescadores. Jesús no se sorprendió en absoluto de la consternación y el terror de sus discípulos, lo esperaba. Era imposible que su predicación y su creciente popularidad no

llamaran la atención a las autoridades religiosas de los judíos e, igualmente imposible, que la lucha no ocurriera entre estas autoridades y él. Al contrario, solo de este conflicto podía salir la luz.

En la época de Jesús los fariseos formaban un cuerpo compacto de seis mil hombres. Su nombre, Perishin, significa «separado» o «distinguido». De un patriotismo elevado y a menudo heroico aunque estrecho y altivo, representaban el partido de la restauración nacional; su existencia se remontaba a los macabeos. Poseían tanto tradición oral como escrita. Creían en los ángeles, en una vida futura y en la resurrección, pero los atisbos del esoterismo que les llegaban de Persia los enterraban bajo la oscuridad de una burda interpretación material. Observadores estrictos de la ley aunque opuestos al espíritu de los profetas que ponían la religión en el amor a Dios y a los hombres, hicieron que la piedad consistiera en ritos y ceremonias, ayunos y penitencia pública. En ocasiones especiales se les veía en las calles, con el rostro cubierto de hollín, rezando en voz alta con contrición y distribuyendo ostentosamente limosnas. En contradicción con todo esto vivían en el más absoluto de los lujos, conspirando constantemente por la autoridad y el poder. También eran los jefes del partido democrático y mantenían al pueblo bajo su control.

Los saduceos por otro lado representaban el partido sacerdotal y aristocrático. Estaban compuestos por familias cuya pretensión era haber ejercido el sacerdocio por derecho hereditario

desde los tiempos de David. Extremos en su conservadurismo, rechazaban la tradición oral, no aceptaban nada más que una estricta interpretación de la ley y negaban la existencia del alma y una vida futura. Ridiculizaron por igual las tormentosas prácticas de los fariseos y sus extravagantes creencias. Para ellos la religión consistía únicamente en ceremonias sacerdotales. Bajo los seleucidas habían privado al pontificado del poder, ya que estaban en completo acuerdo con los paganos, e incluso estaban imbuidos del sofismo griego y del refinado Epicureísmo. Bajo los macabeos, los fariseos habían sido expulsados del pontificado, aunque, bajo Herodes y los romanos, habían recuperado esta posición. Los saduceos eran hombres severos y duros de corazón, amantes del buen talante como sacerdotes, poseedores de una fe, la de su propia superioridad y de una idea, la determinación de mantener el poder que la tradición les había transmitido.

En semejante religión, ¿qué podría encontrar Jesús, el iniciado, heredero de los profetas, el Vidente de Ein Gueddi, buscando en el orden social la imagen de lo divino en el que la justicia reina sobre la vida, la ciencia sobre la justicia y el amor y la sabiduría sobre las tres?

En el templo, en lugar de la ciencia suprema y la iniciación encontró a la ignorancia materialista y agnóstica usando la religión como con un instrumento de poder, en otras palabras, la impostura sacerdotal. En las escuelas y sinagogas,

en lugar del pan de vida, y de la iluminación divina en los corazones de los hombres, vio una moralidad interesada bajo el estandarte del culto formal. Hipocresía.

Por encima de todos, entronizado en un nimbo de gloria, se sentaba el todopoderoso César, la apoteosis del mal y la deificación de la materia, el único dios del mundo de entonces, único maestro posible de los saduceos y fariseos, lo quisieran o no. Al adoptar la idea del esoterismo persa como lo hicieron los profetas, ¿se equivocó Jesús al nombrar este reinado como el dominio de Satanás o Ahrimanes, es decir, el dominio de la materia sobre el espíritu, en lugar del cual quería sustituir el del espíritu sobre la materia? Como todos los grandes reformadores, no atacó a los hombres que, con excepciones, podrían alcanzar la excelencia, sino a las doctrinas e instituciones que moldean a la mayoría de la humanidad. Hay que lanzar el desafío y declarar la guerra a los poderes existentes.

La lucha comenzó en las sinagogas de Galilea y continuó bajo los pórticos del templo de Jerusalén a los que Jesús hizo largas visitas predicando y respondiendo a sus oponentes. En esto, como en toda su carrera, actuó con esa mezcla de prudencia y audacia, reserva meditativa y acción impetuosa que caracterizaban su naturaleza maravillosamente equilibrada. No devolvía la ofensiva de sus oponentes, sino que esperaba y respondía a su ataque que nunca se demoraba pues, desde el

principio de su culto, los fariseos tenían celos por su popularidad y su curación de los enfermos. Rápidamente sospecharon que era su enemigo más peligroso. Acosándolo con esa urbanidad burlona, esa astuta malevolencia, velada bajo una máscara de hipócrita mansedumbre en la que eran maestros del pasado, en su papel de doctores eruditos y hombres de importancia y autoridad le preguntaron qué razones tenía para tener tratos con publicanos y pecadores. ¿Por qué sus discípulos se atrevieron a arrancar espigas el sábado? Tal conducta constituía una grave violación de sus reglamentos. Con magnánima amabilidad, Jesús respondió con palabras a la vez tiernas y corteses. Probó con ellos su evangelio de amor, habló del amor de Dios, que se alegra más por un pecador arrepentido que por muchas personas justas. Les relató las parábolas de la oveja perdida y del hijo pródigo. Con vergonzoso asombro mantuvieron la paz. Uniéndose de nuevo, volvieron a la carga, reprochándole haber curado a los enfermos en el día de sábado. «¡Hipócritas!». respondió Jesús, con un destello de indignación que iluminó sus ojos, «¿no quitáis en sábado la cadena del cuello de vuestros bueyes y los lleváis al abrevadero? ¿No puede la hija de Abraham ser liberada ese mismo día de las cadenas de Satanás?». Sin saber qué responder, los fariseos le acusaron de expulsar demonios en nombre de Belcebú. Con tanto ingenio como con perspicacia lógica, Jesús respondió que el diablo no se expulsa, añadiendo

que el pecado contra el Hijo del Hombre será perdonado, pero no el pecado contra el Espíritu Santo, lo que significa que daba poca importancia a los insultos personales, pero que la negación del Bien y de la Verdad, una vez establecidos, constituían la perversidad intelectual, el vicio supremo y un mal irremediable. Eso fue la declaración de guerra. ¡Se le llamó blasfemo! ¡Agente de Belcebú! A cuyas acusaciones respondía con sus expresiones: ¡Hipócritas! ¡Generación de víboras! A partir de ese momento, la lucha aumentó continuamente en amargura. Jesús dio evidencia de una lógica incisiva, sus palabras azotaban como látigos y atravesaban como flechas. Había cambiado de táctica; en lugar de defenderse atacó y respondió a las acusaciones con otras más graves aún, sin compadecerse de la hipocresía, el único vicio que está en la raíz de todos los demás. «¿Por qué transgredís la ley de Dios por vuestras tradiciones? Dios ordenó: «Honra a tu padre y a tu madre; prescinde de honrar a los padres si, como alternativa, el dinero llega al templo». «Con vuestros labios servís a Isaías, pero vuestra devoción está desprovista de corazón».

Jesús siempre mantuvo un perfecto control sobre sí mismo, aunque el entusiasmo y la crudeza de la lucha aumentaba diariamente. Cuanto más era atacado, más enfáticamente se proclamaba a sí mismo como el Mesías. Empezó a proferir amenazas contra el templo, a predecir las

desgracias que sufriría Israel, a apelar a los paganos y a decir que el Señor enviaría a otros a su viña. En ese momento los fariseos de Jerusalén se pusieron nerviosos. Al ver que no podían imponerle silencio ni encontrar una respuesta efectiva también cambiaron de táctica. Su idea era atraparlo, por lo que enviaron a hombres cuyo objetivo era inducirlo a pronunciar herejías que justificaran al Sanedrín a ponerle las manos encima como blasfemo en nombre de la ley de Moisés o a que el gobernador romano lo condenara como rebelde. De ahí la insidiosa pregunta sobre la mujer tomada en adulterio y la moneda estampada con la imagen de César. Penetrando siempre en los designios de sus enemigos Jesús, con profunda psicología y hábil estrategia, los desarmó con sus respuestas. Al ver que era imposible realizar su objeto por estos medios, los fariseos trataron de intimidarlo. Asustada, la población comenzó a apartarse de Jesús cuando vieron que no estaba restaurando el reino de Israel. En todas partes, incluso en las aldeas más pequeñas, se encontró con rostros suspicaces, espías y emisarios traicioneros que le seguían la pista y buscaban desanimarlo. Algunos se acercaron y le dijeron: «Vete de aquí, porque Herodes (Antipas) está empeñado en matarte». Él respondió con orgullo: «Ve a decírselo a ese zorro; ¡no puede ser que un profeta muera en Jerusalén!». Sin embargo, a menudo se vio obligado a cruzar el mar de Tiberíades y refugiarse en la orilla oriental para

escapar de estas trampas. En ningún lugar estaba libre de peligro. Mientras tanto, Juan el Bautista fue ejecutado por orden de Antipas en la fortaleza de Makerous. Se dice que Aníbal, al ver la cabeza de su hermano Hasdrúbal, asesinado por los romanos, exclamó: «Ahora conozco el destino de Cartago». Jesús pudo ver su propio destino en la muerte de su precursor. No había tenido ninguna duda de esto desde su visión en Ein Gueddi; había comenzado su obra conociendo el inevitable final y, sin embargo, esta noticia traída por los afligidos discípulos del profeta del desierto golpeó a Jesús como una advertencia de muerte. Exclamó: «No lo reconocieron, pero hicieron con él lo que quisieron, así el Hijo del Hombre soltó su último aliento en sus garras».

Los doce estaban preocupados y ansiosos; Jesús dudaba en su camino. No quería dejarse llevar sino, más bien, una vez terminada su obra, entregarse por voluntad propia y morir como profeta en la hora que él mismo eligiera. Ya perseguido durante todo el año anterior, acostumbrado a escapar del enemigo haciendo y deshaciendo el camino, descorazonado con el pueblo de cuya apatía, después de días de entusiasmo, era muy consciente, Jesús decidió una vez más escapar con sus discípulos. Al llegar a la cima de una montaña, se dio la vuelta para echar una última mirada a su amado lago en cuyas orillas había deseado que brillara el amanecer del reino de los cielos. Sus ojos vagaban por los pueblos que se

encontraban junto al agua o que se elevaban por la ladera de la montaña, medio enterrados en sus verdes oasis y que ahora brillaban bajo el velo dorado del crepúsculo; esos amados pueblos en los que había sembrado las palabras de la vida y que ahora lo abandonaban. Un presentimiento se apoderó de él. Con visión profética vio este espléndido país convertido en un desierto bajo la vengativa mano de Ismael y, esas palabras, desprovistas de ira, aunque llenas de dolor y amargura, salieron de sus labios: «¡Ay de ti, Cafarnaúm, ay de ti, Corazín, ay de ti, Betsaida!». Luego, volviéndose hacia el mundo pagano, acompañado de sus discípulos, tomó el paso que lleva a lo largo del valle del Jordán desde Gadara hasta Cesarea de Filipo.

Triste y larga fue la ruta de la banda de fugitivos a través de la extensa llanura de cañas y pantanos del alto Jordán bajo el ardiente sol de Siria. Las noches las pasaban bajo las tiendas de los pastores o con los esenios que vivían en las pequeñas aldeas de este país abandonado. Los ansiosos discípulos procedieron con los ojos abatidos; el maestro, lleno de dolor, permaneció sumergido en meditación silenciosa. Reflexionaba sobre la imposibilidad de triunfar en su doctrina predicando al pueblo y sobre los incesantes planes de sus enemigos. La lucha final se hacía inminente, había llegado a una terrible dificultad; ¿cómo iba a escapar? Por otra parte, sus pensamientos se centraban con ansiedad en su familia espiritual, ahora dispersa y,

especialmente, en los doce apóstoles que, con fe y confianza, lo habían dejado todo —familia, profesión y fortuna— para seguirle y que, a pesar de todo, pronto se sentirían desconsolados y engañados en su gran esperanza de un Mesías triunfante. ¿Podría dejarlos solos? ¿Había penetrado suficientemente la verdad en sus almas? ¿Creerían en él y en su doctrina? ¿Sabían quién era él? Dominado por este pensamiento un día les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del Hombre?». Ellos respondieron: «Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros Elías y otros Jeremías, o uno de los profetas». Entonces Jesús les dijo: «Pero, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro respondió y dijo: «Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo».²⁸

En boca de Pedro estas palabras no tienen el significado que la Iglesia más tarde quiso darles para Jesús: «Tú eres el Elegido de Israel anunciado por los profetas». En el hinduismo, la tradición egipcia y la iniciación griega, el término «Hijo de Dios» significaba «una conciencia identificada con la verdad divina, una voluntad capaz de manifestarla». Según los profetas, este Mesías debe ser la mayor de estas manifestaciones. Él sería el Hijo del Hombre, el Elegido de la humanidad terrenal; el Hijo de Dios, el enviado celestial de la humanidad y, como tal tendría en sí mismo al Padre o al Espíritu que, por la humanidad, reina sobre el universo.

Ante esta afirmación de la fe de los apóstoles Jesús sintió una inmensa alegría. Así que sus discípulos le habían entendido; viviría en ellos y el vínculo entre el cielo y la tierra se restablecería. Jesús le dijo a Pedro, «Feliz eres tú, Simón Barjona porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo». Con esta respuesta, Jesús le da a Pedro a entender que lo considera como un iniciado, como él mismo lo fue y también poseedor de una profunda percepción de la verdad. Esta es la verdad, la única revelación, esta es «la piedra sobre la que Cristo quiere construir su Iglesia y contra la que no prevalecerán las puertas del infierno». Jesús se apoya en el apóstol Pedro en la medida en que tenga esta intuición. Un momento más tarde el apóstol vuelve a ser el Pedro ordinario y temeroso. El Maestro lo trata de manera muy diferente. Jesús había anunciado a sus discípulos que estaba a punto de ser ejecutado en Jerusalén y Pedro protestó con las palabras, «¡Que se aleje de ti, Señor, esto no será para ti!». Pero Jesús, como si viera una tentación de la carne en este impulso de simpatía, tratando de sacudir su poderosa resolución se volvió bruscamente hacia el apóstol y dijo: «Apártate de mí, Satanás, eres una ofensa para mí, porque no saboreas las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres».

Y el gesto imperioso del Maestro parecía decir, «¡Adelante a través del desierto!». Intimidados por su voz solemne y su mirada severa, los apóstoles

inclinaron sus cabezas en silencio y reanudaron su viaje sobre las colinas de piedra de la Gaulonitida. Esta huida por la que Jesús sacó a sus discípulos de Israel se asemejaba a una marcha hacia el problema de su destino mesiánico, la clave que buscaba.

Llegaron a las puertas de Cesarea. Esa ciudad, que se había vuelto pagana desde los tiempos de Antíoco el Grande, estaba protegida dentro de un oasis verde cerca de la fuente del Jordán, al pie de los picos nevados del Hermón. Tenía su anfiteatro y resplandecía con costosos palacios y templos griegos. Jesús lo cruzó y continuó hasta el punto en el que el Jordán en un claro arroyo burbujeante sale de una caverna de la montaña como el arroyo de la vida que brota del profundo seno de la naturaleza. Existía allí un pequeño templo dedicado a Pan y, en la gruta, a orillas del arroyo, se elevaban numerosas columnas, ninfas de mármol y divinidades paganas. Los judíos contemplaban con horror estas muestras de adoración; Jesús las contemplaba con una sonrisa indulgente. En ellas se reconocían las imperfectas efigies de la belleza divina, cuyos modelos radiantes llevaba dentro de su propia alma. No había venido a pronunciar discursos contra el paganismo, sino a transformarlo. No aspiraba a esparcir el anatema en la tierra y sus misteriosos poderes, sino a señalarle el camino al cielo. Su corazón era lo suficientemente grande y su doctrina lo suficientemente vasta para abrazar a todos los

pueblos y decir a los hombres de todas las religiones: «Levantad la cabeza y aprended que todos tenéis un mismo padre». Y sin embargo, allí estaba en el límite extremo de Israel, cazado como una bestia salvaje, asfixiado entre dos pueblos que lo rechazaban por igual. Delante, los paganos que aún no le entendían y sobre los que sus palabras caían impotentes; detrás, los judíos, un pueblo que apedreaba a sus profetas y tapaba sus oídos para no oír a su Mesías; mientras tanto los fariseos y los saduceos vigilaban a su presa. Qué valor sobrehumano, qué poder de acción sin precedentes se necesitaría para aplastar todos estos obstáculos para penetrar más allá de la idolatría pagana y la dureza judía hasta el corazón de esa humanidad sufriente que él amaba con cada fibra de su ser, e inducirla a escuchar su mensaje de resurrección. Entonces, de repente, su mente regresó a tiempos pasados, descendiendo una vez más la corriente del Jordán, el río sagrado de Israel, pasando del templo de Pan al de Jerusalén, midiendo la distancia que separaba el antiguo paganismo del pensamiento profético universal, y, recuperando su fuente, como un águila su nido, ¡regresó de la angustia de Cesarea a la visión de Ein Gueddi! Y así, desde las profundidades del Mar Muerto ve surgir una vez más este terrible fantasma de la cruz. ¿Había llegado la hora del gran sacrificio? Jesús, como todos los hombres, poseía dos conciencias; la terrenal lo adormeció con ilusiones, diciendo: «¿Quién sabe? Tal vez me escape de este destino».

La otra, la divina, repetía implacablemente: «El camino de la victoria pasa por la puerta de la angustia». ¿Debe elegir esta última voz?

En todas las épocas importantes de su vida vemos a Jesús retirarse a la montaña para rezar. ¿No había dicho el sabio védico, «La oración sostiene el cielo y gobierna a los Dioses»? Jesús conocía la más grande de todas las fuerzas. Normalmente no admitía ningún compañero en esta soledad de montaña cuando descendía a lo más profundo de su ser.

Esta vez, sin embargo, se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, para pasar la noche en la cima de una elevada montaña. La leyenda dice que este fue el Monte Tabor. Allí, entre el Maestro y tres de los más grandes iniciados de entre sus discípulos tuvo lugar la misteriosa escena relatada en los Evangelios bajo el nombre de la transfiguración. Según Mateo los apóstoles vieron aparecer la forma del Maestro, luminosa y aparentemente diáfana, en la penumbra de la noche oriental. Su rostro resplandecía como el sol y su vestimenta se volvía brillante como la luz; a su lado aparecían dos figuras, que tomaron por las de Moisés y Elías. Cuando temblando salieron de su extraña postración que les pareció un sueño profundo vieron al Maestro solo a su lado devolviéndoles la plena conciencia con su toque. El Cristo transfigurado que habían contemplado en este sueño nunca fue borrado de su memoria (Mateo 16, 1-8).

Pero, ¿qué había visto el propio Jesús durante esa noche que precedió al acto más decisivo de su carrera profética? Un gradual borrado de los asuntos terrenales bajo la devoción de la oración, un arrebatador ascenso de esfera en esfera parecía hacerle regresar de las profundidades de su conciencia a alguna existencia previa, una totalmente espiritual y divina. A lo lejos se distinguían soles, mundos, tierras, vórtices de encarnaciones sufrientes; ahora era consciente de una atmósfera homogénea, una sustancia fluida, una luz inteligente. Dentro de este resplandor, legiones de seres celestiales formaban una bóveda móvil, un firmamento de cuerpos etéreos, blancos como la nieve, de donde salían suaves destellos de luz. En la nube brillante donde estaba de pie seis hombres regios con trajes sacerdotales, levantan bien alto, con las manos juntas, un deslumbrante cáliz. Estos son los seis mesías que ya habían aparecido en la tierra; el séptimo era él mismo y este cáliz significaba el sacrificio que debía realizar, encarnándose a su vez en la tierra. Bajo la nube se oye el rugido del trueno; allí se despereza un negro abismo; el círculo de las generaciones, el pozo de la vida y de la muerte, el infierno terrestre. Los hijos de Dios con gesto suplicante alzan su cáliz, el mismo firmamento permanece en silencio mientras que Jesús, en señal de asentimiento, extiende sus brazos en forma de cruz como si quisiera abrazar a todo el universo. Entonces los hijos de Dios inclinan sus rostros hacia la tierra, un

grupo de ángeles femeninos, con las alas desplegadas y los ojos abatidos, llevan el cáliz incandescente hacia la bóveda de luz. El hosanna resuena con tensiones inefablemente melodiosas por todo el cielo. Pero él, sin siquiera escucharlo, se sumerge en el abismo.

Esto es lo que ocurrió hace mucho tiempo entre los esenios, en el seno del Padre, donde se celebraban los misteriosos ritos del amor eterno y pasaban los ciclos de las constelaciones, ligeros como las olas. Esto es lo que había jurado hacer, esta era la razón de su nacimiento y el propósito de sus pasadas luchas. Y, una vez más, este poderoso juramento lo ataba al término de su tarea.

¡Terrible juramento, temido cáliz! Aún así, debía beberlo. Después de toda esta felicidad, despertó en las profundidades del abismo, al borde del martirio. No había más dudas; el momento estaba cerca. El cielo había hablado y la tierra gritaba clamando ayuda.

Volviendo sobre sus pasos Jesús descendió una vez más el valle del Jordán y recorrió el largo camino a Jerusalén.

CAPÍTULO VI
EL ÚLTIMO VIAJE A
JERUSALÉN
LA PROMESA – LA
ÚLTIMA CENA
EL JUICIO DE JESÚS
MUERTE Y
RESURRECCIÓN

«¡Hosanna al hijo de David!». Este fue el grito que recibió a Jesús cuando entró por la puerta este de Jerusalén y recorrió las calles cubiertas de ramas de palmeras. Los que le recibieron con tanto entusiasmo eran seguidores del profeta galileo que se habían reunido desde fuera y dentro de la ciudad para saludarle con esta ovación. Le daban la

bienvenida al que iba a liberar a Israel y al que pronto sería coronado rey. Incluso los doce apóstoles seguían compartiendo esta ilusión a pesar de todo lo que Jesús había dicho. Solo él, el Mesías proclamado, sabía que avanzaba hacia su muerte y que, solo después, sus discípulos accederían al santuario interior de su pensamiento. De manera decidida se estaba ofreciendo a sí mismo por su propia voluntad con plena conciencia del fin. De ahí su resignación, su dulce serenidad. Al pasar bajo el colosal pórtico dominado por la sombría fortaleza de Jerusalén, el grito resonó bajo la bóveda y lo persiguió como la voz del destino, apoderándose de su presa: «¡Hosanna al hijo de David!».

Con esta entrada solemne en la ciudad Jesús declaró públicamente a las autoridades religiosas de Jerusalén que asumía el papel de Mesías con todas sus consecuencias. A la mañana siguiente apareció en el templo, en el patio de los gentiles y, avanzando hacia los ganaderos y cambistas que por pura usura y por el mero sonido del dinero profanaban la sala del lugar santo. Pronunció contra ellos las palabras de Isaías: «Está escrito: Mi casa se llamará casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones». Los traficantes huyeron, llevándose sus mesas y bolsas de dinero, intimidados por los partisanos del profeta que formaban una sólida muralla a su alrededor y aún más aterrorizados por su gesto imperioso y su mirada fulgurante. Los asombrados

sacerdotes se maravillaron de esta audacia y manifestación de poder. Una delegación del Sanedrín llegó exigiendo una explicación con las palabras: «¿Con qué autoridad actúas aquí?». A esta insidiosa pregunta, Jesús, como era su costumbre, respondió con una pregunta no menos embarazosa para sus enemigos: «¿De dónde vino el bautismo de Juan, del cielo o de los hombres?». Si los fariseos hubieran respondido: «Del cielo», Jesús habría dicho: «Entonces, ¿por qué no le creísteis?». Si hubieran dicho: «De los hombres», habrían tenido que soportar la ira de la gente que veía a Juan el Bautista como un profeta. En consecuencia solo respondieron: «No podemos decirlo». «Tampoco yo os puedo decir», dijo Jesús, «con qué autoridad hago estas cosas». Una vez que el ambiente se relajó, asumió la ofensiva y añadió: «En verdad os digo que los publicanos y las ramera van al reino de Dios antes que vosotros». Luego en una parábola los comparó con el malvado labrador, que mata al hijo de su amo para heredar la viña; y se llamó a sí mismo: «La piedra del molino que reduciría a polvo a quiénes osaran enfrentarse a su furia». Estos actos y palabras muestran que al hacer este último viaje a la capital de Israel Jesús deseaba eliminar toda posibilidad de retirada. Sus enemigos habían estado en posesión durante mucho tiempo de las dos grandes claves de acusación necesarias para su ruina: sus amenazas contra el templo y la afirmación de que él era el Mesías. Estos últimos ataques exasperaron a sus

enemigos; desde ese momento su muerte, determinada por las autoridades, era solo cuestión de tiempo. Desde su entrada en Jerusalén, los miembros más influyentes del Sanedrín, escribas y fariseos, reconciliados en el odio común contra Jesús, se habían puesto de acuerdo sobre la muerte de este «seductor del pueblo». Solo dudaron en la cuestión de capturarlo en público, ya que temían que el pueblo se subleva. En anteriores ocasiones, los oficiales enviados contra él habían regresado convencidos por sus palabras o alarmados por las multitudes.

A menudo los soldados del templo lo habían visto desaparecer de forma misteriosa. Así también el emperador Domiciano, fascinado y cegado, por la imagen que quería condenar, vio desaparecer a Apolonio de Tiana ante el tribunal y ante las narices de sus guardias. La lucha entre Jesús y los sacerdotes continuaba día tras día con un odio creciente por su parte y con una fuerza y una impetuosidad sin límites por la parte de Jesús por la certeza que sentía en cuanto a el desenlace final. Este fue su último asalto contra los poderes de su tiempo. En él manifestó una poderosa energía así como esa fuerza masculina que como una cota de malla vistió esa sublime amabilidad que le caracterizaba, que podría llamarse: El Eterno-Femenino de su alma. Este formidable combate terminó en terribles maldiciones contra estos jeques de la religión: «Ay de vosotros, escribas y fariseos, que cerráis el reino de los cielos a los que

quieren entrar. Necios y ciegos, que pagáis el diezmo y descuidáis la justicia, la piedad y la fidelidad; sois como sepulcros blanqueados que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de los huesos de los muertos y de toda inmundicia».

Después de haber calificado así la hipocresía religiosa y la falsa autoridad sacerdotal que durante siglos había prevalecido, Jesús consideró que sus luchas habían llegado a su fin. Dejó Jerusalén con sus discípulos y se dirigió al Monte de los Olivos. Mientras ascendían, el templo de Herodes podía verse en toda su majestuosidad, con sus terrazas y vastos pórticos, su escultura de mármol blanco incrustado con jaspe y su deslumbrante techo de oro y plata. Los discípulos, desanimados y bajo el presentimiento de una catástrofe, llamaron la atención del maestro sobre el esplendor del edificio que dejaba para siempre. Sus palabras estaban teñidas de melancolía y arrepentimiento ya que, hasta el final, habían esperado sentarse en él como jueces de Israel en torno al Mesías, el rey-sacerdote coronado. Jesús se giró mirando al templo y dijo: «¿No veis todas estas cosas? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada».²⁹ Estaba juzgando la duración del templo de Jehová por el valor moral de los que lo gobernaban. Quería decir que el fanatismo, la intolerancia y el odio no eran suficientes armas contra las hachas y arietes del César romano. Con la perspicacia del iniciado, que se había

intensificado por la clarividencia que le daba la proximidad de la muerte, vio el orgullo judío, la política de su rey, toda la historia judía, terminar fatalmente en esta catástrofe. El triunfo no existía allí, estaba más bien en el pensamiento profético, la religión universal, ese templo invisible del que solo él tenía plena conciencia en aquellos momentos. En cuanto a la antigua ciudadela de Sión y al templo de piedra, ya veía al ángel de la destrucción de pie, espada en mano, a sus puertas.

Jesús sabía que su hora se acercaba, pero no quería caer en manos del Sanedrín, así que se retiró a Betania. Como tenía predilección por el Monte de los Olivos, lo visitaba casi a diario para conversar con sus discípulos. Desde la cima la vista era magnífica. El campo de visión abarca las escarpadas montañas de Judea y Moab, con sus tintes azul-púrpura, mientras que a lo lejos se podía vislumbrar el Mar Muerto, como un espejo de color plomizo de cuya superficie surgen densas nieblas sulfurosas. Al pie de la montaña se extendía Jerusalén, el Templo y la ciudadela de Sión, que se alzaban por encima de todos los demás edificios. Incluso en estos días, mientras el crepúsculo desciende sobre los oscuros y misteriosos desfiladeros de Hinnom y Josafat, la ciudad de David y de Cristo, protegida por los hijos de Ismael, se eleva en imponente majestuosidad sobre estos sombríos valles. Sus cúpulas y minaretes reflejan la luz que se desvanece en los cielos y parecen estar siempre

esperando a los ángeles del Juicio Final. Fue allí donde Jesús dio a los discípulos sus últimas instrucciones sobre el futuro de la religión que había llegado a fundar y el destino de la humanidad, legándoles así su promesa, que una vez fue terrestre y divina y que se unió íntimamente a su enseñanza esotérica.

Evidentemente los escritores de los Evangelios Sinópticos nos han transmitido las enseñanzas apocalípticas de Jesús en medio de una confusión que los hace casi impenetrables. Su significado solo comienza a ser inteligible en el Evangelio de Juan. Si Jesús hubiera creído realmente en su regreso algunos años después de su muerte, como se admite según la interpretación naturalista; o si hubiera imaginado que el fin del mundo y el juicio final de los hombres tendría lugar de esta manera, como cree la teología ortodoxa, habría sido un visionario muy ordinario en realidad, en lugar del sabio iniciado, el sublime vidente que cada palabra de su enseñanza y cada acción de su vida le proclaman haber sido. Es evidente que aquí, especialmente, sus palabras deben entenderse en su significado alegórico según el simbolismo trascendente de los profetas. El Evangelio de Juan, el que más plenamente nos ha transmitido la enseñanza esotérica del Maestro, obliga a esta interpretación, tan perfectamente acorde con el genio parabólico de Jesús, cuando relata las palabras del Maestro: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis soportar ahora...

Estas cosas os las he transmitido a través de parábolas, pero llega el momento en que no os hablaré más con parábolas, sino que os mostraré directamente las enseñanzas del Padre».

La solemne promesa de Jesús a los apóstoles abarca cuatro objetos, cuatro esferas crecientes de vida planetaria y cósmica: la vida psíquica individual; la vida nacional de Israel; la evolución terrestre y el fin de la humanidad así como lo divino. Tomemos una por una estas cuatro esferas a través de las cuales irradia el pensamiento de Cristo antes de su martirio, como el sol poniente, llenando con su gloria toda la atmósfera terrestre hasta el cenit, antes de brillar en otros mundos.

1. El primer juicio significa el destino final del alma después de la muerte. Esto está determinado por su propia naturaleza interior y los actos de su vida. Ya he expuesto esta doctrina, con referencia a la conversación de Jesús con Nicodemo. En el Monte de los Olivos dice a sus discípulos: «Cuidaos de vosotros mismos, no sea que en cualquier momento vuestros corazones se sobrecarguen de exceso, de borrachera y de preocupaciones de esta vida y que ese día llegue sin daros cuenta».³⁰ Y otra vez: «Estad también preparados, porque en el momento menos esperado, vendrá el hijo del hombre».³¹

2. La destrucción del templo y el fin de Israel. «Se levantará nación contra nación... Os entregarán para que seáis afligidos... En verdad os

digo que esta generación no pasará hasta que se cumplan todas estas cosas».³²

3. El objetivo terrenal de la humanidad, que no está fijado en una época determinada, sino que debe alcanzarse mediante una serie progresiva de realizaciones. Este objetivo es la venida del Cristo social o del hombre divino en la tierra; es decir, la organización de la verdad, la justicia y el amor en la sociedad humana y, por consiguiente, la pacificación de las naciones. Isaías ya había predicho esta época lejana en una espléndida visión que comenzaba con las palabras: «Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos, llegará el momento en que reuniré a todas las naciones y lenguas y vendrán y verán mi gloria. Y pondré una señal entre ellos...».³³ Jesús completando esta profecía explica a sus discípulos cual será esta señal; la completa revelación de los misterios o la venida del Espíritu Santo, a quien también llama el que traerá consuelo o «el espíritu de la verdad que os guiará a toda hasta ella».³⁴ Los apóstoles tendrán esta revelación de antemano, la humanidad en el transcurso del tiempo. Pero siempre que tiene lugar en una conciencia individual o entre un grupo de hombres, atraviesa y penetra. «Porque como el rayo que sale del este y brilla hasta el oeste, así será la venida del hijo del hombre».³⁵ Así, cuando la verdad central y espiritual se enciende, ilumina todas las demás verdades de la creación.

4. El Juicio Final significa el fin de la evolución cósmica de la humanidad, o su entrada en un estado definitivamente espiritual. Esto es lo que el esoterismo persa había llamado la victoria de Ormuzd sobre los Ahrimanes, o del espíritu sobre la materia. El esoterismo hindú lo llamó la reabsorción completa de la materia por el espíritu, o el final de un día de Brahma. Después de miles de siglos debe llegar un período en el que, a través de series de nacimientos y renacimientos, encarnaciones y regeneraciones, los individuos que componen la humanidad habrán entrado definitivamente en el estado espiritual, o habrán sido aniquilados como almas conscientes por el mal, es decir, por sus propias pasiones simbolizadas por el fuego de la Gehena y el crujir de dientes. «Entonces aparecerá la señal del hijo del hombre en el cielo. Verán al hijo del hombre descendiendo de entre las nubes. Enviará a sus ángeles entre sonidos de trompeta y reunirán a sus elegidos diseminados por los cuatro vientos».³⁶ El hijo del hombre, un término genérico, significa aquí la humanidad en su perfecta representación, es decir, el pequeño número de los que se han elevado al rango de hijos de Dios. Su signo es el cordero y la cruz, el amor y la vida eterna. La nube es la imagen de los misterios que se han vuelto translúcidos, así como de la materia sutil transfigurada por el espíritu; de la sustancia fluida que ya no es un denso velo oscuro, sino un ligero vestido transparente del alma, ya no es un

obstáculo, sino una expresión de la verdad; ya no es una apariencia engañosa sino la verdad espiritual misma, el mundo interior manifestado instantánea y directamente. Los ángeles que reúnen a los elegidos son espíritus glorificados, que han surgido de la humanidad. La trompeta que tocan simboliza la palabra viva del espíritu, que pone al descubierto la verdadera naturaleza del alma y destruye todas las apariencias mentirosas de la materia.

Jesús, sintiendo que su fin estaba cerca, explicó así a sus asombrados discípulos las elevadas perspectivas que desde tiempos pasados habían formado parte de la doctrina de los misterios, pero a las que cada fundador religioso siempre ha dado forma y color personal. Para grabar estas verdades en sus mentes y facilitar su propagación, las resumió en imágenes que se caracterizaban por una audacia extrema y una energía incisiva. La imagen reveladora y el símbolo del habla formaban el lenguaje universal de los antiguos iniciados. Tal lenguaje posee una virtud comunicativa, un poder de tal concentración y duración que no existe en el ámbito abstracto. Al usarlo, Jesús se limitó a seguir el ejemplo de Moisés y los profetas. Sabía que la idea no sería inmediatamente comprendida, pero deseaba grabarla en letras de fuego en las almas sencillas de sus seguidores dejando a las generaciones sucesivas la tarea de desarrollar las enseñanzas contenidos en su palabra. Jesús se siente uno con todos los profetas de la tierra que

han sido antes, como él, mensajeros de la vida y del Verbo eterno. En este sentimiento de unidad y solidaridad con la verdad inmutable se atrevió a dirigir a sus afligidos discípulos las orgullosas palabras: «El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra perdurará».

Estas mañanas y tardes en el Monte de los Olivos pasaron volando rápidamente. Un día, obediente a un impulso propio de su naturaleza devota e impresionable, descendió repentinamente de las alturas más sublimes a los sufrimientos de la tierra, que sentía como propios, derramó lágrimas sobre Jerusalén, la ciudad santa y sus habitantes, cuyo espantoso destino preveía. El suyo también se acercaba a pasos agigantados. El Sanedrín ya había discutido su destino y decidido su muerte. Judas Iscariote ya había prometido entregar a su maestro. No fue un acto de sórdida avaricia, sino más bien la ambición y el orgullo herido lo que ocasionó esta negra traición. Judas, una peligrosa mezcla de frío egoísmo y absoluto positivismo, incapaz del más mínimo idealismo, se había convertido en discípulo de Cristo simplemente por un espíritu de especulación mundana. Confiaba en el triunfo terrenal e inmediato del profeta y en su propia ganancia derivada de esto. Las profundas palabras del Maestro: El que quiera salvar su vida la perderá y el que esté dispuesto a perderla, la salvará; no tenían sentido para él. Jesús, en su ilimitada caridad, lo había recibido como uno de sus discípulos, con la esperanza de cambiar su

naturaleza. Cuando Judas vio que las cosas no iban como él quería, que Jesús y sus discípulos estaban en peligro y que sus esperanzas habían sido frustradas, su desengaño se convirtió en rabia. El desdichado denunció al hombre, que a sus ojos solo era un falso Mesías que le había engañado. La perspicacia penetrante de Jesús le dijo lo que ocurría en la mente del apóstol infiel y determinó que ya no evitaría el destino cuyos inexplicables pliegues se estrechaban a diario a su alrededor. Era la víspera de la Pascua, así que ordenó a sus discípulos que prepararan una cena en casa de un amigo. Previó que sería su última cena y, por lo tanto, quiso darle una solemnidad excepcional.

Ahora entramos en el acto final del drama mesiánico. Para comprender a fondo el espíritu y la obra de Jesús ha sido necesario arrojar luz sobre los dos primeros actos de su vida: su iniciación y su carrera pública. Posteriormente se ha desarrollado el drama interior de su conciencia. El acto final de su vida, o el drama de la pasión, es la consecuencia lógica de los dos anteriores. Como por todos es sabido, se explica por sí mismo, ya que la peculiaridad de lo sublime es que es a la vez simple, grandioso y claro. El drama de la pasión ha contribuido poderosamente a la institución del cristianismo. Ha hecho brotar lágrimas de todos los seres humanos con corazón y ha convertido a millones de almas. A lo largo de todas estas escenas los evangelios adquieren una belleza incomparable. Incluso Juan desciende de las alturas

y su relato circunstancial asume un carácter de verdad conmovedora como solo un testigo ocular podría dar. Cada uno puede vivir de nuevo el drama divino, pero nadie podría recrearlo. Sin embargo, al terminar mi tarea, debo concentrar los rayos de la tradición esotérica en los tres acontecimientos esenciales por los que la vida del divino Maestro llegó a su fin: la Santa Cena, la prueba del Mesías y la Resurrección. Si se arroja luz sobre estos puntos, se reflejará hacia retrospectivamente toda la carrera de Cristo y, prospectivamente, la historia sucesiva del cristianismo.

Los doce, formando trece con el Maestro, se habían reunido en la habitación superior de una casa en Jerusalén. El amigo desconocido, el anfitrión de Jesús, había cubierto el suelo con una rica alfombra. A la manera oriental, el Maestro y sus discípulos se reclinaron en cuatro grandes divanes en forma de triclinio dispuestos alrededor de la mesa. Cuando el cordero y el cáliz de oro prestado por el amigo fueron llevados a la habitación y los jarrones llenados de vino, Jesús, sentado entre Juan y Pedro, dijo: «Con fervor he deseado comer esta pascua con vosotros antes de sufrir: Porque os digo que no la celebraré más hasta que se cumpla en el reino de Dios».³⁷ En ese momento sus rostros se oscurecieron: el silencio llenó el aire. «El discípulo a quien Jesús amaba», el único que lo adivinaba todo, inclinó su cabeza sobre el pecho del Maestro. Como era habitual

entre los judíos en la comida de Pascua, no se pronunció ni una palabra mientras comían. Finalmente Jesús tomó el pan y, después de dar gracias, lo partió y lo distribuyó entre ellos diciendo: «Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros: haced esto en mi memoria». También tomó la copa diciendo: «Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre, que es derramada por vosotros».³⁸

Tal es la institución de la cena en toda su simplicidad. Tiene un significado mucho más amplio de lo que generalmente se concede o se conoce, pues no solo el acto místico y simbólico es la conclusión y resumen de toda la enseñanza de Cristo, sino que es la consagración y el rejuvenecimiento de un símbolo muy antiguo de la iniciación. Entre los iniciados de Egipto y Caldea, como entre los profetas y los esenios, el ágape fraternal marcó la primera etapa de la iniciación. La comunión, bajo el elemento del pan, fruto de la gavilla, significaba el conocimiento de los misterios de la vida terrenal, así como una participación de las bendiciones terrenales y, por consiguiente la unión perfecta de los hermanos iniciados. En un grado superior, la comunión bajo el elemento del vino, la sangre de la vida, bañada por el sol, significaba la participación de las bendiciones celestiales, una participación en los misterios espirituales y la ciencia divina. Jesús, al legar estos símbolos a los apóstoles, amplió su significado. A través de ellos extiende a toda la

humanidad la fraternidad y la iniciación, antes limitada a unos pocos. A ellos añade el más profundo de los misterios, la mayor de las fuerzas, el de su propio sacrificio. Esto lo convierte en la invisible pero infranqueable cadena de amor entre él y sus seguidores. Le dará a su alma glorificada un poder divino sobre sus corazones, así como sobre los corazones de todos los hombres. Este cáliz de verdad que provenía de lejanas épocas proféticas, este cáliz de oro de la iniciación que el viejo esenio le había ofrecido al dirigirse a él como profeta, este cáliz de amor celestial que los hijos de Dios le habían ofrecido en el éxtasis de su altísimo arrebató, este cáliz en el que ahora ve reflejada su propia sangre, se entregaba a sus bien amados discípulos con la inefable ternura de una última despedida.

¿Ven y entienden los apóstoles este pensamiento redentor del mundo? Resplandece la mirada profunda aunque dolorosa del Maestro cuando pasa por encima del «discípulo que amaba» al que está a punto de traicionarlo. No, todavía no lo entendían; parecían respirar con dificultad, como si estuvieran bajo el poder de algún sueño espantoso; una especie de vapor pesado y rojizo flotaba en el aire y se preguntaban sobre la fuente de ese extraño resplandor sobre la cabeza de Cristo. Cuando finalmente Jesús les dice que está a punto de pasar la noche en oración en el Monte de los Olivos y, al levantarse, les pide que le sigan, ya no dudan de lo que está a punto de suceder.

La noche ha pasado, la angustia del Getsemaní ha terminado. Con aterradora claridad ha visto el círculo infernal crecer cada vez menos. En el horror de la situación, y en la espantosa expectativa momentánea de ser capturado por sus enemigos, un escalofrío atravesó su cuerpo; por un momento su alma se encogió ante las torturas que le esperaban; gotas de sudor sangriento se deslizaron por su frente. Entonces la oración vino en su ayuda... Gritos confusos, antorchas que brillaban bajo los lúgubres olivos, entrechocar de armas, eran tantos signos que atestiguaban la aproximación de grupo de soldados enviados por el Sanedrín. Judas, a la cabeza, besa a su Maestro, para que puedan reconocer al profeta. Jesús le devuelve el beso con una mirada de inefable compasión y le dice: «Amigo, ¿por qué has venido?». El efecto de esta dulzura, este beso fraternal dado a cambio de la más vil traición, será tal en ese corazón —a pesar de su dureza— que, un momento después, Judas, vencido por el horror y el remordimiento, se quitará la vida. Y ahora, con manos rudas y crueles, los soldados se han apoderado del rabino galileo. Después de una breve resistencia, los aterrorizados discípulos han huido. Solo Pedro y Juan permanecen cerca y siguen al Maestro hasta el tribunal. Sus corazones están casi rotos mientras esperan su destino. Jesús ha recuperado el control

de sí mismo; desde ese momento no se escapará protesta o queja de sus labios.

Todo el Sanedrín se reúne apresuradamente y Jesús es traído a su presencia a medianoche ya que el tribunal está decidido a tratar rápidamente con el peligroso profeta. Sacerdotes y sacrificadores, con turbantes en sus cabezas y vistiendo túnicas púrpuras, amarillas y violetas, están solemnemente sentados en un semicírculo. En medio de ellos se sienta Caifás, el sumo sacerdote, que lleva en la cabeza el «migbâh»; en cada extremo de la sala, en dos pequeñas tribunas se sientan los secretarios, uno para la absolución, otro para la condena: *advocatus Dei, advocatus Diaboli*. Jesús, con su blanca túnica esenia, está de pie en el centro. Guardianes de la justicia, armados con cuerdas y correas, hombres con brazos desnudos y ojos malvados, se plantan alrededor. Solo hay testigos de la acusación; no hay ninguno de la defensa. El sumo sacerdote, el magistrado supremo, es el principal denunciante; el juicio, aparentemente una medida de seguridad pública contra un crimen o una traición religiosa, es en realidad la venganza preventiva de un sacerdocio ansioso que siente su poder en peligro.

Caifás se levanta y acusa a Jesús de ser un seductor del pueblo, un «mésit». Unos pocos testigos escogidos de entre la multitud dan sus declaraciones, pero solo logran contradecirse. Finalmente, uno de ellos relata las palabras de Jesús: «Puedo destruir el templo y volver a

construirlo en tres días», palabras que habían sido consideradas blasfemas y que el Nazareno había lanzado más de una vez a la cara de los fariseos bajo el pórtico de Salomón. Jesús guarda silencio. «¿No respondes nada?». pregunta el sumo sacerdote. Jesús, que sabe que será condenado, no está dispuesto a prodigar palabras sin sentido, sigue sin responder.

Estas palabras, sin embargo, aunque se probaran, no serían motivo suficiente para una pena de muerte. Se necesitaba una declaración más grave. Para forzarlo, Caifás, el astuto saduceo, le dirige una pregunta que involucra su honor, la cuestión vital de su misión. La mayor audacia a menudo consiste en ir directamente a la raíz del problema. «Si eres el Mesías, dilo ahora» Jesús al principio responde evasivamente, demostrando así que no es un embaucador. «Si lo digo, no me creerás, pero si te hago la misma pregunta no me darás ninguna respuesta». Como Caifás no tiene éxito en su artificio, usa su autoridad como sumo sacerdote, y dice solemnemente: «Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, el hijo de Dios». Llamado a retractarse o a afirmar su misión ante el más alto representante de la religión de Israel, Jesús ya no vacila. Responde con calma: «Tú lo has dicho. Sin embargo os digo que de ahora en adelante veréis al hijo del Hombre sentado a la derecha del poder en las nubes del cielo». Expresándose así en el lenguaje profético de Daniel y del libro de Enoc, Josué, el iniciado

esenio no se dirige a Caifás como individuo. Sabe que el agnóstico saduceo es incapaz de comprenderlo y por lo tanto se dirige al sacerdote soberano de Jehová y, a través de él, a todos los futuros sacerdotes y sacerdocios de la tierra, diciéndoles: Después de mi misión, sellada por la muerte, el reinado de la ley religiosa que no explica sus motivos ha llegado a su fin. Los misterios serán revelados y el hombre verá lo divino a través de lo humano. Las religiones y los actos de culto que no puedan ser demostrados y experimentados por los demás quedarán sin autoridad. Esto, según el esoterismo de los profetas y los esenios, es el significado del hijo sentado a la derecha del Padre. Así entendida, la respuesta de Jesús al sumo sacerdote de Jerusalén contiene el testamento intelectual y científico de Cristo a las autoridades religiosas de la tierra, así como la figura de la cena contiene su testamento de amor e iniciación a los apóstoles y a la humanidad en general.

Al dirigirse a Caifás, Jesús habló a todo el mundo. El saduceo, sin embargo, habiendo obtenido lo que deseaba, no escucha nada más. Agitando su vestimenta de fino lino, exclama: «Ha blasfemado; ¿qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído su blasfemia; ¿qué os parece?». Un murmullo sombrío aunque ominoso surgió del Sanedrín: «Es culpable». Inmediatamente, viles insultos y brutal indignación por parte de los de menor rango dieron respuesta a

la condena pronunciada por sus superiores. Los guardias le escupieron y le golpearon en la cara, mientras exclamaban: «Profetiza para nosotros, tú Cristo, ¿quién es el que te golpeó?». Bajo este estallido de miserable y salvaje odio, el pálido y sublime rostro del gran sufriente retoma su visionaria fijeza de mármol. Alguien ha dicho que hay estatuas que lloran; existe una pena sin lágrimas, oraciones sin palabras de las víctimas que llenan de terror a sus asaltantes a quienes persiguen por el resto de sus vidas.

Sin embargo no todo había terminado. El Sanedrín podía pronunciar la pena de muerte, pero el poder secular y el consentimiento de las autoridades romanas eran necesarios para ponerlo en práctica. La entrevista con Pilatos, relatada en detalle por Juan, no es menos notable que la de Caifás. Este extraño diálogo entre Cristo y el gobernador romano en el que la violencia de los sacerdotes judíos y los gritos de una población fanática juegan el papel de coro trágico da la convicción de una poderosa verdad dramática, ya que deja al descubierto las almas de los diferentes personajes y muestra el choque de los tres poderes en juego: el caciquismo romano, el judaísmo fanático y la religión universal del espíritu representada por Cristo. Pilatos, totalmente indiferente a la disputa religiosa, pero muy preocupado por el asunto ya que temía que la muerte de Jesús provocase un levantamiento del pueblo, lo interroga con cierta precaución y le

ofrece un medio de escape con la esperanza de que lo acepte. «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió: «Mi reino no es de este mundo». Preguntó Pilatos: «¿Entonces eres un rey?». Jesús volvió a responder: «Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad». Pilatos no entendió esta afirmación de la realeza espiritual de Jesús como Caifás no entendió su testamento religioso. «¿Qué es la verdad?», comenta, encogiéndose de hombros. La pregunta del escéptico caballero romano revela el estado de ánimo en el que se encontraba el mundo pagano entonces, como lo hace el de toda la sociedad en estado de decadencia. Sin embargo, como no veía en el acusado Jesús otra cosa que un soñador inofensivo, añadió: «No le encuentro ningún defecto» y propone a los judíos que sea liberado. El pueblo, sin embargo, instigado por los sacerdotes, grita en voz alta: «¡Libera a Barrabás!». Entonces Pilato, que detesta a los judíos, se da el irónico placer de hacer que su supuesto rey sea golpeado con varas. Creyó que esto complacería a los fanáticos, pero solo les hizo enfurecer y exigir: «¡Crucifícalo!».

A pesar de este arrebato de pasión popular, Pilatos sigue resistiendo. Está cansado de ser cruel. A lo largo de su vida ha visto mucho derramamiento de sangre, ha castigado con la muerte a cientos de rebeldes y ha oído tantos gemidos como maldiciones sin que su ecuanimidad se haya visto perturbada en lo más mínimo. Pero el

sufrimiento mudo y estoico del profeta galileo bajo el manto púrpura y la corona de espinas ha enviado una emoción hasta ahora desconocida a través de su propio ser. En una extraña visión de fugitivo pronuncia las palabras, sin tener idea de su importancia: «¡*Ecce Homo!* ¡Contemplad al hombre!». El romano severo y duro de corazón estaba abrumado por la emoción; se encontraba a punto de pronunciar una sentencia absolutoria. Los sacerdotes del Sanedrín, con la mirada fija en él, vieron esta emoción y se llenaron de terror; sentían que su presa se les escapaba. Astutamente deliberaron entre ellos. Después de unos momentos levantaron sus manos derechas y, girando la cabeza con un gesto de horror, exclamaron a una sola voz: «¡Se ha convertido en el hijo de Dios!».

Cuando Pilato escuchó ese dicho, dice Juan, su miedo aumentó. ¿Miedo a qué? ¿Qué significado tenía esto para el romano incrédulo, que despreciaba de corazón tanto a los judíos como a su religión, y que no creía en otra cosa que en César y en la religión política de Roma? Hay una razón de peso para esto. Aunque se le dieron diferentes significados, la expresión «hijo de Dios» era tolerablemente bien conocida en el esoterismo antiguo, y Pilato, aunque escéptico, no estaba del todo libre de la superstición. En Roma, en los Misterios Menores de Mitra, en los que los caballeros romanos se iniciaban, había oído que el hijo de Dios era una especie de intérprete de la divinidad. A cualquier nación o religión a la que

perteneciera, un atentado contra su vida sería un gran crimen. Pilato tenía poca fe en estos ensueños persas, pero el nombre le preocupaba y aumentaba su vergüenza. Viendo esto, los judíos lanzaron al procónsul la acusación final: «Si liberas a este hombre, no eres amigo de César; quien se hace rey habla contra César... No tenemos más rey que César». Argumento irrefutable; negar a Dios no tiene importancia, pero conspirar contra César era el crimen de los crímenes. Pilato está obligado a ceder y a pronunciar la sentencia de condena. Así, al final de su carrera pública, Jesús se encuentra cara a cara con el amo del mundo, contra el que él, un oponente oculto, ha luchado indirectamente toda su vida. ¡La sombra de César lo envía a la cruz! La lógica de los acontecimientos es profunda; los judíos lo han entregado al juicio, pero es el espectro romano el que extiende su mano para matar. El cuerpo es destruido, pero es él, el Cristo glorificado, cuyo martirio privará para siempre a César de la aureola que ha usurpado, la apoteosis divina, la blasfemia infernal del poder absoluto.

•

* *

Pilato, después de lavarse las manos de la sangre del inocente Jesús, ahora pronuncia las terribles palabras de condena, *Ibis in crucem*; y la impaciente turba se apresuró en dirección al Gólgota.

Siguiéndolos, nos encontramos en las áridas alturas que dominan Jerusalén y que llevan el nombre de Gilgal, Gólgota o lugar de los cráneos: un siniestro desierto cubierto de huesos humanos, durante siglos escenario de horribles castigos. No se ve ni un árbol, el suelo parece estar lleno de horcas. Es aquí donde Alejandro Janeo había venido con todo su harén para presenciar la ejecución de cientos de prisioneros; aquí donde Varus había crucificado a dos mil rebeldes y ahora el gentil Mesías, cuya venida había sido predicha por los profetas, estaba en este mismo lugar para sufrir la terrible pena de muerte inventada por el atroz genio de los fenicios y adoptada por la implacable ley de Roma. La cohorte de los legionarios formó un círculo fortificado en la cima de la colina; ahuyentaron con sus lanzas a los pocos seguidores que permanecieron fieles al Cristo condenado. Son mujeres galileas, mudas de desesperación, se arrojaron al suelo ante la cruz. Había llegado la hora final; el defensor de los pobres, los débiles y los oprimidos, debía terminar su tarea en ese estado de martirio abyecto reservado a los esclavos y ladrones. El profeta consagrado por los esenios debe dejarse clavar en la cruz que había aceptado en la visión de Ein Gueddi; el Hijo de Dios debe beber del cáliz que se le apareció en la Transfiguración y debe descender a las profundidades del infierno y de todo el horror terrenal. Rechazó la bebida tradicional preparada por las piadosas mujeres de Jerusalén y que tenía

por objeto mitigar los sufrimientos de las víctimas crucificadas. En plena consciencia sufrirá la agonía de la muerte. Atado a la cruel horca los implacables y regios soldados con poderosos golpes de martillo clavan los clavos en sus pies, objeto de reverencia, y en sus manos, nunca levantadas salvo para bendecir. Una sorda neblina de horrible dolor le cierra los ojos y le ahoga la garganta. Sin embargo, en medio de tales convulsiones de dolor y angustia infernal, el salvador suplica por sus verdugos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Ahora la copa está a punto de vaciarse. La agonía de la muerte dura desde el mediodía hasta la puesta de sol. La moral se añade a la tortura física, que supera en maldad. El iniciado ha abdicado de sus poderes, el hijo de Dios está a punto de ser eclipsado; solo queda el hombre de las penas. Durante unas horas perderá su cielo para medir y comprender las profundidades del abismo del sufrimiento humano. Ahí está la cruz con su víctima y su inscripción, la ironía final del procónsul: «¡Este es el rey de los judíos!». Como a través de una niebla de angustia, el crucificado ve la ciudad santa de Jerusalén a la que deseaba glorificar lanzando anatemas contra él. ¿Dónde estaban sus discípulos? Han desaparecido. No escuchaba más que los insultos de los miembros del Sanedrín quienes, imaginando que el profeta ya no era de temer, exultaban de alegría por su lucha contra la muerte. «Salvó a otros», decían; «¡a sí

mismo no puede salvarse!». A través de tan perversas blasfemias Jesús ve, en una aterradora visión profética, todos los crímenes que los potentados injustos y los sacerdotes fanáticos van a cometer en su nombre. Bajo su propio estandarte pronunciarán maldiciones y con su propia cruz crucificarán. No es el sombrío silencio de los cielos velado contra él, sino la luz, perdida para la humanidad, la que le arranca el lamento desesperado: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Luego, en un último estallido, brota de su alma el grito: «¡Se acabó!».

Sublime nazareno, divino hijo del hombre, incluso ahora es tuya la victoria. ¡Sin duda tu alma ha vuelto a encontrar, en una luz más deslumbrante que antes, el cielo de Ein Gueddi y el monte Tabor! A través de los tiempos has visto tu palabra fugazmente victoriosa y ninguna otra gloria has deseado que la de las manos y los ojos alzados de aquellos que has curado y consolado... Incluso ahora un escalofrío de terror se cierne sobre tus torturadores, mientras escuchan tus últimas palabras tan llenas de significado que no alcanzan a comprenderlas. Los soldados romanos han vuelto la mirada al extraño resplandor que tu espíritu ha dejado en el tranquilo rostro de este cadáver, mientras que tus asesinos se miran con asombro y dicen: «¿Podría esto haber sido un Dios?».

•

* *

¿Ha terminado el drama realmente? La silenciosa aunque formidable lucha, la batalla entre el amor divino y la muerte que se ha unido a los poderes reinantes de la tierra para abrumarlo, ¿finalmente se ha cerrado? ¿Dónde está el vencedor? ¿Pertenece el triunfo a esos sacerdotes satisfechos de sí mismos al descender del calvario contentos con su obra?, pues han visto al profeta respirar su último aliento, ¿o con este pálido Cristo crucificado, ya lívido en la muerte? Para estas fieles y lloronas mujeres a las que los legionarios romanos han permitido acercarse al pie de la cruz, así como para los discípulos aterrorizados que se han refugiado en la gruta de Josafat, todo ha llegado a su fin. El Mesías, que fue entronizado en Jerusalén ha muerto en un final infame en la cruz. El maestro ha desaparecido y con él la esperanza, el Evangelio, el propio reino de los cielos. Un sombrío silencio de profunda desesperación se cierne sobre la pequeña comunidad. Incluso Pedro y Juan están abrumados por el dolor. La oscuridad está por todas partes; ni un solo rayo ilumina sus almas. Sin embargo, como en los misterios eleusinos, a la oscuridad profunda le sigue una luz deslumbrante. Así, en los Evangelios, a esta profunda desesperación, le sucede una súbita alegría milagrosa que estalla como un rayo de luz al amanecer y un grito de alegría resuena en toda Judea: «¡Ha resucitado!».

María Magdalena, vagando cerca de la tumba embriagada por su dolor, fue la primera en ver al

maestro y en reconocerlo por su voz mientras pronunciaba su nombre, «¡María!». Vencida por la alegría, se arrojó a sus pies. De nuevo vio a Jesús mirarla y agitar su mano como para evitar que ella lo tocara; entonces la aparición desapareció repentinamente, dejando alrededor de la Magdalena una atmósfera de calidez y el deleite de una presencia real. Después las santas mujeres se encontraron con el Señor quien les dijo: «Ve y dile a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán». Esa misma noche, cuando los once se reunieron en privado, vieron a Jesús entrar en la habitación. Se sentó en medio de ellos y les reprochó suavemente su incredulidad. Luego dijo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura». Le escucharon como en un sueño, pues parecían haber olvidado completamente su muerte y estaban persuadidos de que el Maestro no los dejaría de nuevo. Sin embargo, justo cuando estaban a punto de hablar, lo vieron desaparecer de entre ellos como una luz que se desvanece. El eco de su voz aún vibraba en sus oídos. Los apóstoles, asombrados, buscaron el lugar donde había estado; todavía persistía una luz vaga, que desapareció rápidamente. Según Mateo y Marcos, Jesús se apareció una vez más en una montaña a quinientos de los hermanos reunidos por los apóstoles. También se mostró de nuevo a los once, tras lo cual las apariciones cesaron. La fe, sin embargo, había sido creada, el primer impulso dado y el cristianismo era ya una fuerza viva. Los apóstoles,

impregnados por el fuego sagrado, iban por ahí curando a los enfermos y predicando el evangelio de su Maestro. Tres años más tarde, un joven fariseo llamado Saulo animado por un violento odio contra la nueva religión a cuyos defensores perseguía con todo el vigor de la juventud viajó a Damasco, acompañado de varios camaradas.

En el camino se vio envuelto repentinamente en una llama de fuego tan deslumbrante que cayó a la tierra. Temblando exclamó: «¿Quién eres?». Una voz respondió: «Yo soy Jesús, a quien persigues; es difícil para ti dar una patada contra los pinchazos». Los aterrorizados compañeros de Saúl lo levantaron a sus pies. Habían oído la voz aunque no habían visto nada. El joven, cegado por la luz, recuperó la vista solo tres días después.

Convertido a la fe de Cristo, se convirtió en Pablo, el apóstol de los gentiles. En este punto todo el mundo está de acuerdo en que si no fuera por la conversión de Saúl, el cristianismo, confinado como estaba a Judea, nunca habría conquistado el mundo occidental.

Tales son los hechos que se relatan en el Nuevo Testamento. Cualesquiera que sean los esfuerzos que se hagan para reducir al mínimo sus resultados y cualquiera que sea la idea religiosa o filosófica que se les atribuya, no pueden ser considerados como simples leyendas y inútiles el valor de testimonio auténtico en todos los puntos esenciales. Durante dieciocho siglos la sombra de la duda y la negación han asaltado los principios de este

testimonio; durante cien años la crítica se ha dirigido contra él. Se han abierto brechas en algunos lugares, pero su posición permanece firme. ¿Qué hay detrás de las visiones de los apóstoles? Los teólogos elementales, los intérpretes de la letra y los sabios agnósticos pueden discutir eternamente; no se convertirán nunca unos a otros y sus razonamientos serán vanos mientras la teosofía, la ciencia del espíritu, no haya ampliado sus concepciones y una psicología experimental superior, el arte de desnudar el alma, les deje los ojos sin abrir. Pero desde el punto de vista del historiador concienzudo, es decir, de la autenticidad de estos hechos como actualidades psíquicas, hay un punto en el que la duda es imposible; que los apóstoles tuvieron estas apariciones y que fue imposible hacer temblar su fe en la resurrección de Cristo. Si se rechaza el relato de Juan por haber recibido su compilación definitiva unos cien años después de la muerte de Jesús y también el relato de Lucas sobre la aparición de Cristo a los discípulos de Emaús como una mera amplificación poética, quedan las sencillas y positivas afirmaciones de Mateo y Marcos, que están en la raíz misma de la tradición y la religión cristianas. Y aún más sólido e indiscutible es el testimonio de Pablo.

Deseoso de explicar a los corintios la razón de su fe y la base del evangelio que predica, enumera por orden seis apariciones sucesivas de Jesús: a Pedro, a los once, a los quinientos, «la mayoría de los

cuales», dice, «aún viven»; a Santiago, a los apóstoles reunidos y, finalmente, su propia visión en el camino a Damasco. Estos hechos fueron comunicados a Pablo por el propio Pedro y por Santiago tres años después de la muerte de Jesús, justo después de la conversión de Pablo en su primer viaje a Jerusalén. Por consiguiente los recibió de testigos oculares. Finalmente la más indiscutible de todas estas visiones no es de ninguna manera la menos extraordinaria; me refiero a la del propio Pablo. Él continuamente alude a ella en sus epístolas como la fuente de su fe. Dada la antigua condición psicológica de Pablo y la naturaleza de su visión, vemos que es desde fuera, no desde dentro. De carácter inesperado y aterrador, cambia completamente su ser. Como un bautismo de fuego, desciende sobre él, lo viste con una nueva e impenetrable armadura y lo establece a la vista de todo el mundo como el campeón invencible de Cristo.

El testimonio de Pablo, por lo tanto, posee una doble autoridad, en la medida en que confirma su propia visión y corrobora las de los demás. Quien se sienta inclinado a dudar de la sinceridad de tales afirmaciones se verá obligado a rechazar todo testimonio histórico y a renunciar a la escritura de la historia. Obsérvese, además, que si la historia crítica es incompatible con un peso exacto y una selección bien pensada de todos los documentos, la historia filosófica también sería imposible, si la grandeza de los efectos no pudiera remitirse a la

grandeza de las causas. Sería posible con Celsus, Strauss y M. Renan rechazar todo valor objetivo a la resurrección y considerarla como un fenómeno resultante de la pura alucinación. Si es así, uno está obligado a fundar la mayor revolución religiosa de la humanidad sobre una aberración de los sentidos y una mera ilusión de la mente.³⁹ No se puede negar que la fe en la resurrección es la base del cristianismo histórico. Si no fuera por esta confirmación de la enseñanza de Jesús por un hecho único, su religión no habría tenido ni siquiera un comienzo.

Este evento efectuó una completa revolución en las almas de los apóstoles. En consecuencia, toda su actitud mental, de ser judía, se convirtió en cristiana. El Cristo vive en la gloria, les ha hablado. Los cielos se han abierto; la vida del más allá ha entrado en la vida del interior, el amanecer de la inmortalidad los ha tocado y ha encendido sus almas con un fuego que nada puede apagar. Por encima del tambaleante reino terrenal de Israel han vislumbrado el reino celestial mundial en toda su gloria. De ahí su afán por la lucha, su alegría por el martirio. La resurrección de Jesús da nacimiento a este poderoso impulso y esperanza que lleva el evangelio a todas las naciones y la buena nueva hasta los límites de la tierra. Para el éxito del cristianismo eran necesarias dos cosas, como ha dicho Fabre d'Olivet: «Que Jesús estuviera dispuesto a morir, y que tuviera el poder de resucitar».

Para formarse una idea racional del hecho de la resurrección y comprender su significado religioso y filosófico, hay que considerar únicamente el fenómeno de las sucesivas apariciones y, desde el principio, eliminar de la mente la idea absurda de la resurrección del cuerpo, uno de los mayores escollos del dogma cristiano, que, en este caso como en muchos otros, ha permanecido en una etapa bastante infantil y rudimentaria. La desaparición del cuerpo de Jesús puede explicarse por causas naturales y es digno de mención que los cuerpos de varios grandes adeptos han desaparecido de forma tan misteriosa y sin dejar el menor rastro. Nunca se ha descubierto qué fue de los cuerpos de Moisés, Pitágoras y Apolonio de Tiana. Posiblemente los hermanos, conocidos o desconocidos, que los vigilaban, destruyeron con fuego el cuerpo de sus maestros, para evitar la contaminación a manos de los enemigos. En cualquier caso, solo cuando se considera desde el punto de vista esotérico, el aspecto científico y la grandeza espiritual de la resurrección aparecen realmente.

Tanto por los egipcios como por los persas, como por la religión de Zoroastro, tanto antes como después de Jesús, por los israelitas y por los cristianos de los siglos primero y segundo, la resurrección ha sido interpretada de dos maneras, una material y absurda, la otra espiritual y teosófica. La primera es la idea popular finalmente adoptada por la Iglesia después de la represión del

gnosticismo; la segunda es la idea profunda de los iniciados. Según la primera la resurrección significa el retorno a la vida del cuerpo material; en una palabra, la reconstitución del cadáver descompuesto o disperso, tal como se imaginaba, estaba destinada a tener lugar en la venida del Mesías, o en el Juicio Final. Es inútil insistir en el grosero materialismo y lo absurdo de esta concepción. Para el iniciado la resurrección tiene un significado muy diferente. Se refiere a la doctrina de la constitución ternaria del hombre. Significa la purificación y la regeneración del cuerpo sidereal, etéreo y fluídico, que es el organismo mismo del alma. Esta purificación puede tener lugar a partir de la vida presente, por medio de la obra interior del alma y de un cierto método de existencia; aunque, para la generalidad de los hombres, no encuentra su realización sino después de la muerte, y luego solo para aquellos que, de una manera u otra, han aspirado a la justicia y a la verdad. En el otro mundo la hipocresía es imposible. Allí las almas aparecen como son en realidad, se manifiestan fatalmente bajo la forma y el color de su esencia oscura y espantosa si son malas; radiante y bella si son buenas. Tal es la doctrina dada por Pablo en la Epístola a los Corintios, donde dice formalmente: «Hay un cuerpo animal y hay un cuerpo espiritual».⁴⁰ Jesús lo afirma simbólicamente, pero con mayor profundidad para aquellos que pueden leer entre líneas en la conversación secreta con

Nicodemo. Ahora bien, cuanto más se espiritualice un alma, más lejos estará de la atmósfera terrestre; cuanto más lejos esté la región cósmica que la atrae por la ley de afinidad, más difícil será su manifestación a los hombres.

Por consiguiente, las almas superiores rara vez se manifiestan al hombre, excepto en un estado de éxtasis o de sueño profundo. Entonces, al estar los ojos físicos cerrados, el alma, medio desprendida del cuerpo, ve a veces las almas por sí misma. Sin embargo, a veces sucede que un poderoso profeta, un verdadero hijo de Dios, se manifiesta a los suyos en el estado de vigilia de la conciencia para persuadirlos mediante una llamativa apelación al sentido y a la imaginación. En tales casos el alma desencarnada logra dar momentáneamente a su cuerpo espiritual una apariencia visible, a veces incluso tangible, por medio del especial dinamismo que ejerce el espíritu sobre la materia, por medio de las fuerzas eléctricas de la atmósfera y las fuerzas magnéticas de los cuerpos vivos.

Aparentemente esto es lo que pasó en el caso de Jesús. Las apariciones relacionadas en el Nuevo Testamento pueden ser colocadas en una u otra, alternativamente, de estas dos categorías, visión espiritual y aparición sensorial. Lo que es seguro es que poseían para los apóstoles el carácter de realidad suprema. Preferían dudar de la existencia del cielo y de la tierra que de su comunión viva con el Cristo resucitado; pues estas apariciones que conmovían el alma formaban los acontecimientos

más brillantes de su vida cuya verdad más profunda conocían. No hay nada sobrenatural en ellos aunque hay un elemento desconocido en la naturaleza, su continuación oculta en el infinito, los destellos de lo invisible en los confines de lo visible. En nuestro estado corporal actual apenas podemos creer o incluso concebir la realidad de lo impalpable; en el estado espiritual, es la materia la que nos parecerá irreal e inexistente.

En el espíritu se encuentra la síntesis del alma y la materia, dos fases de la única sustancia. Volviendo a los principios eternos y a las causas finales son las leyes innatas de la inteligencia las que explican el dinamismo de la naturaleza, como lo es el estudio del alma por la psicología experimental que explica las leyes de la vida.

Por consiguiente la resurrección, entendida esotéricamente como acabo de señalar, fue a la vez la conclusión necesaria de la vida de Jesús y el prefacio indispensable para la evolución histórica del cristianismo, conclusión necesaria, pues Jesús la había anunciado en varias ocasiones a sus discípulos. El poder de aparecerse a ellos en gloria triunfal después de su muerte se debía a la pureza y a la fuerza innata de su alma, aumentada cien veces por la grandeza del esfuerzo y de la obra realizada.

Considerado desde fuera, y desde un punto de vista terrenal, el drama mesiánico termina en la cruz. Aunque sublime en sí mismo, todavía falta el cumplimiento de la promesa. Visto desde dentro, desde la conciencia más íntima de Cristo y desde el

punto de vista celestial, el drama contiene tres actos cuyas cumbres están marcadas por la tentación, la transfiguración y la resurrección. Estas tres fases representan en otros términos, la iniciación del Cristo, la revelación total y la culminación de la obra. Corresponden a lo que los apóstoles y los iniciados cristianos de los primeros siglos llamaron los misterios del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Una culminación necesaria, como he dicho, de la vida de Cristo y un prefacio indispensable para la evolución histórica del cristianismo. El barco, construido en la playa, necesitaba ser lanzado al océano. La resurrección fue, además, como un diluvio de luz arrojado sobre toda la vida esotérica de Jesús. No tenemos ocasión de asombrarnos al comprobar que los primeros cristianos estaban, por así decirlo, tan deslumbrados y cegados por el maravilloso acontecimiento que a menudo daban una interpretación literal a la enseñanza del Maestro y confundían el sentido de sus palabras. Pero en estos días, en los que el espíritu humano ha atravesado edades, religiones y ciencias, podemos adivinar lo que un San Pablo, un San Juan, lo que en definitiva Jesús mismo entendió por los misterios del Padre y del Espíritu. Vemos que contenían los más altos y verdaderos elementos de la ciencia psíquica y la intuición teosófica de Oriente. Vemos también el poder de expansión renovada dado por el Cristo a la antigua verdad eterna por la grandeza de su amor y la energía de

su voluntad. Finalmente, vemos el lado metafísico y práctico del cristianismo, la causa de su poder y vitalidad.

Los antiguos teósofos de Asia estaban familiarizados con las verdades trascendentales. Los brahmanes incluso encontraron la clave de la vida pasada y futura formulando la ley orgánica de la reencarnación y la alternancia de vidas. Sin embargo, al entrar en la vida del más allá y contemplar la eternidad, se olvidaron de la realización terrestre, la vida individual y social. Grecia, al principio iniciada en las mismas verdades bajo formas más veladas y antropomórficas, se apegó por su propio genio a la vida terrestre natural. Esto le permitió revelar las leyes inmortales de la belleza y formular los principios de las ciencias de la observación. Desde este punto de vista, su concepción de la vida del más allá disminuyó gradualmente y se oscureció. Jesús, en su amplitud y universalidad, abarca ambos lados de la vida. En la oración del Señor, que resume su enseñanza, dice: «Venga a nosotros tu reino tanto en la tierra como en el cielo». Ahora bien, el reino de lo divino en la tierra significa el cumplimiento de la ley moral y social en toda su riqueza, en toda la gloria de lo bello, lo bueno y lo verdadero. Así, la magia de su doctrina, su —en cierto sentido— ilimitado poder de desarrollo, reside en la unidad de sus aspectos morales y metafísicos, su devota fe en la vida eterna y la necesidad que sentía de iniciarla en el mundo con

una vida de acción y amor. El Cristo dice al alma, abatida por los problemas terrenales: «Levántate, el cielo es tu patria; pero para creerlo y conseguirlo, demuéstalo aquí abajo con obras de amor».

CAPÍTULO VII

LA PROMESA Y SU CUMPLIMIENTO, EL TEMPLO

«En tres días destruiré el templo y en tres días lo volveré a construir». Esto fue dicho a sus discípulos por el hijo de María, el esenio consagrado como hijo del Hombre, es decir, el heredero espiritual de la palabra de Moisés, de Hermes y de todos los antiguos hijos de Dios. ¿Se ha cumplido esta audaz promesa, la palabra del iniciador e iniciado? Sí, si se tienen en cuenta las consecuencias que la enseñanza de Cristo, confirmada por su muerte y resurrección espiritual, han tenido para la humanidad y todas las consecuencias que su promesa tiene sobre un futuro ilimitado. Su palabra y su sacrificio tienen los fundamentos de un templo invisible, pero solo

se continúa y se lleva a cabo en la proporción en que cada individuo, a lo largo de todo el tiempo, contribuye a la obra.

¿Qué es este templo? Es de una naturaleza a la vez moral, social y física, el templo de la humanidad regenerada.

El templo moral es la regeneración del alma humana, la transformación de los individuos por el ideal humano ofrecido como ejemplo a la humanidad en la persona de Jesús. La maravillosa armonía y la plenitud de sus virtudes lo hacen difícil de definir; razón equilibrada, intuición mística, simpatía humana, poder de la palabra y de la acción; compasión infinita, amor hasta el sacrificio, valor hasta la muerte; ninguna experiencia le era desconocida. Había suficiente alma en cada gota de su sangre para hacer un héroe y, sin embargo, ¡qué divina mansedumbre era la suya! La profunda unión del heroísmo y el amor, de la voluntad y la inteligencia, del Eterno-Masculino con el Eterno-Femenino hacen de él la flor del ideal humano. Toda su enseñanza moral, cuya expresión más elevada es el amor fraternal sin fin y una alianza humana universal, fluye naturalmente de tan poderosa personalidad. El trabajo de los dieciocho siglos transcurridos desde su muerte ha dado como resultado la inculcación de este ideal en la conciencia de toda la humanidad. Porque apenas hay un hombre en todo el mundo civilizado que no tenga una noción más o menos clara de ello. Por consiguiente, se puede

afirmar que el templo moral deseado por Cristo está, si no acabado, en cualquier caso basado en un fundamento indestructible en la actualidad.

No es así con el templo social. Esto supone el establecimiento del reino de Dios o de la ley providencial en las instituciones orgánicas de la humanidad; queda por construir desde los cimientos. Porque los hombres aún viven en estado de guerra bajo la ley de la fuerza y el destino. La ley de Cristo, que permanece en la conciencia moral, aún no ha pasado a las instituciones humanas. Solo he tocado incidentalmente cuestiones de organización social y política en este libro, que solo pretende arrojar luz sobre la cuestión filosófica y religiosa en su base a través de algunas de las verdades esotéricas esenciales. En estas pocas palabras finales no discutiré más la cuestión. Es demasiado vasta y compleja y está más allá de mi poder para intentar incluso definirla en unas pocas palabras. Solo diré que la guerra social existe, como principio, en todos los países europeos. No hay principios económicos, religiosos o sociales admitidos por todas las clases de la sociedad. Las naciones de Europa tampoco han dejado de existir en un estado de guerra abierta o de paz armada entre ellas. No están unidas por ningún principio federativo común. Sus intereses y aspiraciones comunes no apelan a ninguna autoridad reconocida, no tienen ninguna sanción ante ningún tribunal supremo. Si la ley de Cristo ha penetrado en la conciencia individual y, hasta

cierto punto, en la vida social, sigue siendo la ley pagana y bárbara la que rige nuestras instituciones políticas. En la actualidad, el poder político está en todas partes constituido sobre bases insuficientes. Por una parte emana del llamado derecho divino de los reyes, que no es otra cosa que la fuerza militar; por otra parte, del sufragio universal, que no es más que el instinto de las masas, o la mera inteligencia media. Una nación no es un número de valores uniformes o cifras; es un ser vivo compuesto de órganos. Mientras la representación nacional no sea la imagen de esta organización, desde su funcionamiento hasta sus clases de enseñanza, no habrá representación nacional orgánica o inteligente. Mientras los delegados de todos los cuerpos científicos y el conjunto de las iglesias cristianas no se sienten juntos en un consejo superior, nuestras sociedades se regirán por el instinto, por la pasión y por el poder, y no habrá ningún templo social.

Entonces, ¿cómo es que, al elevarse por encima de la Iglesia que es demasiado pequeña para contenerlo en su totalidad, por encima de la política que lo niega y por encima de la ciencia que solo lo entiende a medias, el Cristo está más lleno de vida que nunca? Porque su sublime moral es el corolario de una ciencia aún más sublime. Detrás de él percibimos, de manera contemporánea y más allá de la época de Moisés, toda la antigua teosofía de los iniciados indios, egipcios y griegos, de la que constituye una sorprendente confirmación.

Comenzamos a comprender que Jesús, en lo más alto de su conciencia, el Cristo transfigurado, está abriendo sus brazos amorosos a sus hermanos, los otros Mesías que le precedieron, rayos del Verbo Vivo como él, que los está abriendo de par en par a la ciencia en su totalidad. El arte en su divinidad y la vida en su totalidad. Pero su promesa no puede cumplirse sin la ayuda de todas las fuerzas vivas de la humanidad. Dos cosas principales son necesarias hoy en día para la continuación de la poderosa obra: por un lado, el desarrollo progresivo de la ciencia experimental y la filosofía intuitiva a hechos de orden psíquico, principios intelectuales y pruebas espirituales; por otro lado, la expansión del dogma cristiano en dirección a la tradición y la ciencia esotérica y, posteriormente una reorganización de la Iglesia de acuerdo a una iniciación graduada; esto por un movimiento libre e irresistible de todas las iglesias cristianas, que también son igualmente hijas de Cristo. La ciencia debe convertirse en religiosa y la religión en científica. Esta doble evolución, que ya está en preparación, llevaría finalmente y por la fuerza a una reconciliación de la ciencia y la religión sobre bases esotéricas. El trabajo no avanzará sin grandes dificultades al principio, pero el futuro de la sociedad europea depende de ello. La transformación del cristianismo, en su sentido esotérico, traería consigo la del judaísmo y el islam, así como una regeneración del brahmanismo y el budismo de la misma manera, por lo que

proporcionaría una base religiosa para la reconciliación de Asia y Europa.

Este es el templo espiritual que se construirá, la coronación de la palabra intuitivamente concebida y deseada por Jesús. ¿Puede su mensaje de amor formar la cadena magnética de la ciencia y el arte, de las religiones y los pueblos y así convertirse en la palabra universal?

En la actualidad, el Cristo es dueño del globo, a través de las dos razas más jóvenes y vigorosas, todavía llenas de fe. A través de Rusia se ha establecido en Asia y a través de la raza anglosajona gobierna el Nuevo Mundo. Europa es más vieja que América, pero más joven que Asia. Calumnian a Europa que creen que está destinada a una decadencia irremediable. Sin embargo, si continúa sus luchas internas, en lugar de federarse bajo el dominio de una autoridad capaz, a la vez científica y religiosa; si, por la extinción de esta fe que no es más que la luz del espíritu alimentada por el amor, continúa la preparación de su descomposición moral y social, su civilización corre el riesgo de perecer, primero por los trastornos sociales y después por la invasión de razas más jóvenes, que se adueñarán de la antorcha que se le ha caído de las manos.

Seguramente ella tiene un papel más glorioso que desempeñar, la preservación de la guía del mundo, terminando la obra social del Cristo, formulando su completo y perfeccionado pensamiento y coronando con la ayuda de la ciencia, el arte y la

justicia, el templo espiritual del mayor de los hijos de Dios.

*Este ensayo de Edouard Schuré se terminó
de componer en las colecciones de la
EDITORIAL DELFOS
en el día 15 de mayo
del año 2020.*

Notas

[←1]

Diccionario de Ciencias Religiosas, de Lichtenberger, volumen 7, artículo «Jesús».

[←2]

Este punto de vista, en oposición diametral a la escuela empírica de Aristóteles y Montesquieu, era el de los grandes iniciados, los sacerdotes egipcios, como Moisés y Pitágoras. Había sido previamente amplificado en la *Misión Des Juifs* de M. Saint-Yves. Ver su notable capítulo sobre *La Fundación de Roma*.

[←3]

Ewald, *Die Propheten: Introducción.*

[←4]

22:1 Isaías 16, 10-18.

[←5]

23:1 Isaías 11, 1-5.

[←6]

Isaías 3, 2-8.

[←7]

Tal es el significado esotérico de la hermosa leyenda de los magos que vinieron del lejano oriente a adorar al niño de Belén.

[←8]

Virgilio, Ecología 4:

La última gran época, predicha por rimas sagradas,
Renueva su curso terminado, tiempos de Saturno
Rueda de nuevo, y los poderosos años comenzaron
Desde su primer orbe en círculos radiantes corren,
La base de la descendencia de hierro degenerado
termina,

Una progenie dorada del cielo desciende:

¡Oh! ¡Casta Lucina! Acelera los dolores de la madre,

Y apresura el glorioso nacimiento, tu propio Apolo
reina.

...

Mira, la naturaleza trabajadora te llama a sostener

El marco de la inclinación del cielo y la tierra y el
principal:

Asegúrate de que su base sea restaurada, tierra, mares y
aire;

Y aparecen edades alegres desde atrás en las filas de la
multitud;

Para cantar tus alabanzas...».

[←9]

Herodes murió en el cuarto año antes de nuestra era. Los cálculos de los críticos son ahora generalmente unánimes en dar esta fecha también como el nacimiento de Jesús. Ver Keim, *Das Leben Jesu*.

[←10]

No es imposible que el nacimiento de Jesús en Belén fuera una casualidad. Pero esta tradición parece formar parte del ciclo de leyendas posteriores relacionadas con la sagrada familia y la infancia de Cristo.

[← 11]

Jeremías 1, 4.

[←12]

Juan 8, 58.

[←13]

Evangelio apócrifo de María y de la infancia del Salvador,
publicado por Tischendorff.

[←14]

Véase la magistral descripción de la Galilee de M. Renan en su *Vie de Jésus*, y la no menos notable de M. E. Melchior de Vogué en su *Voyage en Syrie et en Palestine*.

[←15]

Los anales místicos de todos los tiempos muestran que las verdades morales o espirituales de un orden superior han sido percibidas por ciertas almas altamente dotadas, sin razonamiento, simplemente por la contemplación interior y bajo la forma de una visión. Se trata de un fenómeno psíquico imperfectamente conocido por la ciencia moderna, pero que sigue siendo un hecho incontestable. Catalina de Siena, hija de un pobre tintorero, a la edad de cuatro años, tuvo visiones de una naturaleza extremadamente notable. Swedenborg, hombre de ciencia, observador tranquilo y razonador, comenzó a la edad de cuarenta años, y en perfecto estado de salud, a tener visiones que no tenían relación con su vida anterior. No pretendo situar estos fenómenos exactamente en el mismo plano que los que tuvieron lugar en la conciencia de Jesús, sino simplemente establecer la universalidad de una percepción interior, independiente de los sentidos corporales.

[←16]

Isaías 9, 3, 18.

[←17]

Josefo, «Guerras de los Judíos», 30, 2; «Antigüedades»,
13, 5-9; 18, 1-5.

[←18]

Philo, *Sobre la vida contemplativa*.

[←19]

Puntos en común entre esenios y pitagóricos: Oración al amanecer; vestimenta de lino, fiestas de amor fraternal; un año de noviciado; tres grados de iniciación; organización de la orden y comunidad de posesiones gestionadas por administradores; la ley del silencio; el juramento de los misterios; la división de la instrucción en tres partes:

- 1) Ciencia de los principios universales de la Teogonía, lo que Philo llama Lógica.
- 2) Física o Cosmogonía.
- 3) Moral, es decir, todo lo que tiene que ver con el hombre, la conciencia a la que los curanderos se dedicaron especialmente.

[←20]

Puntos en común entre las doctrinas de los esenios y las de Jesús: «El amor al prójimo, subrayado como primer deber; la prohibición del juramento como testigo de la verdad; el odio a la mentira; la mansedumbre; la institución de la cena, tomada de las fiestas de amor fraternal de los esenios, pero con un nuevo significado, el del sacrificio.

[←21]

Libro de Enoc, 48-49. Este pasaje muestra que la doctrina del Verbo, la Trinidad que se encuentra en el Evangelio de Juan existía en Israel mucho antes de la época de Jesús, y provenía de las mismas profundidades de la profecía esotérica. En el Libro de Enoc, el Señor de los Espíritus representa al Padre, el Elegido representa al Hijo, y el otro Poderoso, el Espíritu Santo.

[←22]

Génesis 14, 18.

[←23]

Tácito, *Anales*, 6, 28-31.

[←24]

Según los Evangelios, Juan reconoció inmediatamente a Jesús como el Mesías y lo bautizó como tal. Hay relatos contradictorios sobre este punto, ya que, en un momento posterior, cuando un prisionero de Antipas en Makerous hace la pregunta a Jesús, «¿Eres tú el que debe venir, o buscamos a otro?». esta duda tardía prueba que aunque él podría haber sospechado que Jesús era el Mesías no estaba convencido de ello. Los primeros compiladores de los Evangelios, sin embargo, siendo judíos, querían presentar a Jesús como si hubiera recibido su misión y consagración de Juan el Bautista, un popular profeta de Judea.

[←25]

Mateo 11, 28.

[←26]

Juan 3, 5.

[←27]

Juan 3, 6-8.

[←28]

Mateo 16, 13-16.

[←29]

Mateo 24, 2.

[←30]

Lucas 21, 34.

[←31]

Hinnom y Josafat.

[←32]

Mateo 24, 4-34.

[←33]

Isaías 16, 18.

[←34]

Juan 24, 16-17.

[←35]

Mateo 24, 27.

[←36]

Mateo 24, 30-31.

[←37]

Lucas 22, 15-16.

[←38]

Lucas 22, 19.

[←39]

Strauss dice: «El hecho de la resurrección solo se explica como 'una tontería de welthistorischer'». La expresión es más cínica que ingeniosa, y no explica las visiones de los apóstoles y de Pablo.

[←40]

1 Cor 15, 39-46.

Índice

PREFACIO	9
CAPÍTULO I SITUACIÓN DEL MUNDO EN EL NACIMIENTO DE JESÚS	13
CAPÍTULO II MARÍA. PRIMER DESARROLLO DE JESÚS	30
CAPÍTULO III EL ESEÑO - JUAN EL BAUTISTA LA TENTACIÓN	42
CAPÍTULO IV LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. INSTRUCCIÓN POPULAR Y ESOTÉRICA	64
MILAGROS - APÓSTOLES - MUJERES	
CAPÍTULO V LUCHA CON LOS FARISEOS ESCAPE A ESAREA LA TRANSFIGURACIÓN	82
CAPÍTULO VI EL ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN	98
CAPÍTULO VII LA PROMESA Y SU CUMPLIMIENTO, EL TEMPLO	138